





Perpetuum mobile

Antología poética

Efraín Jara Idrovo



Pontificia Universidad
Católica del Ecuador

Perpetuum mobile,
de Efraín Jara Idrovo

Primera edición
© 2017 Efraín Jara Idrovo
© 2017 Pontificia Universidad Católica del Ecuador
© 2017 Daniela Alcívar, del estudio introductorio

Centro de Publicaciones PUCE
www.edipuce.edu.ec
Quito, Av. 12 de Octubre y Robles
Apartado n.º 17-01-2184
Télf.: (593) (02) 2991 700
publicaciones@puce.edu.ec

Dr. Fernando Ponce, S. J.
Rector

Dr. Fernando Barredo, S. J.
Vicerrector

Dra. Graciela Monesterolo Lencioni
Directora General Académica

Dr. César Eduardo Carrión
Decano de la Facultad de Comunicación, Lingüística y Literatura

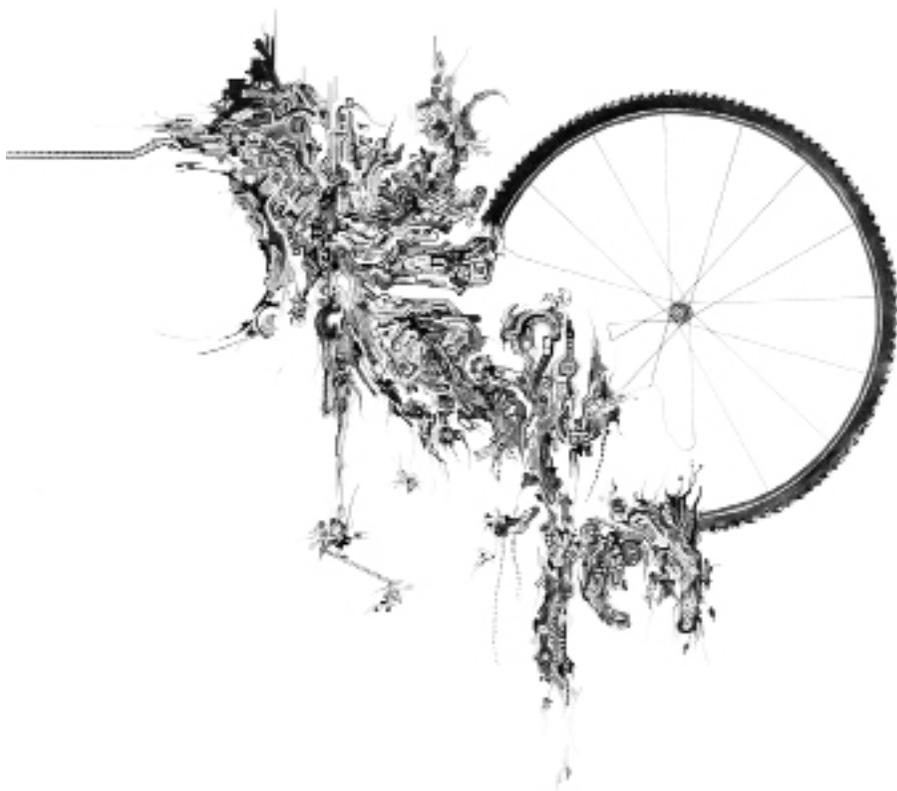
Mtr. Santiago Vizcaíno Armijos
Director del Centro de Publicaciones

Editor General de la colección “El almuerzo del solitario”:
Andrés Villalba Becdach
Imagen de portada: Kelter Ax / Exposición de fotografías
capturadas por un drone / acrílico sobre tabla / 45 x 44 cm / 2014
Diseño de portada y diagramación: David Kattán
Imagen de colofón: cuadro (s/t) de Luis Molinari
Agradecimientos: Raúl Pacheco y Johnny Jara

ISBN: 978-9978-77-295-9
Derecho de autor: 050850
Depósito legal: 005854

Impreso en Ecuador.
Prohibida la reproducción de este libro, por cualquier medio, sin
la previa autorización por escrito de los propietarios del Copyright.

Efraín Jara Idrovo
Perpetuum mobile



Colección El almuerzo del solitario
Antología Lírica del Ecuador



Elogio de la simple imagen

¿Cuál es la naturaleza de la relación entre la realidad y la literatura, la verdadera medida en que las preocupaciones de un sujeto, sus principales temores, sus afectos más intensos, determinan las texturas y los ritmos de su producción literaria? La pregunta suele ser desestimada con demasiada facilidad. Un largo y arraigado malentendido ha automatizado nuestras estrategias de lectura en función del mito de que la literatura se reduce a sus técnicas, de que la poesía es esencialmente (o únicamente) artificio. Si se tiene en cuenta que el relato, por su parte, viene siendo hostigado, desde sus primeras manifestaciones en nuestra cultura, por otro fantasma pertinaz e igualmente reductor, el del realismo en su sentido convencional, es relativamente fácil notar que la literatura queda atrapada en una lógica binaria, en una (falsa) disyuntiva entre autonomía y heteronomía: entre el fatigoso juego de pretender que las palabras y su sintaxis (por más sofisticada que sea) agota la experiencia literaria y la creencia de que la literatura representa al mundo o al sujeto, que lo padece con la pasividad del lenguaje comunicativo. Cuando esta dicotomía se traslada a la vetusta lógica de los géneros (poesía versus narración), la discusión se empobrece y estereotipa aun más.

El primer mito, de raigambre estructuralista, pretende esterilizar la composición poética, limpiarla de la impureza de la vida, se erige sobre la creencia de que, aunque es innegable que mundo y literatura están relacionados por un cierto vínculo primigenio, es necesario purgar al texto de ese nexo en beneficio de una riqueza puramente textual, basada exclusivamente en las posibilidades fónicas, formales y sintácticas de la composición por medio de

tropos, contrastes y demás recursos poéticos. La escritura literaria, entonces, como investigación sobre el lenguaje que generalmente se mide con otro mito que actúa de modo normativo, el del denodado trabajo del autor sobre la lengua. La oclusión del significado, cuya importancia en poesía no puede ser sobrestimada, al servicio de la instrumentalización reductora del lenguaje sobre sí mismo. Sería posible, aquí, esbozar una genealogía mítica sobre el sujeto como autoridad que diera cuenta del punto de la historia en que olvidamos que la literatura en tanto que institución se inauguró con una inapelable impugnación de sí misma, de la negación radical de su propio ser.

El segundo mito, quizá más fácilmente identificable, forma parte del sentido común de gran parte de nuestro panorama crítico: pone el eje de la lectura de obras literarias en la capacidad de éstas para reflejar, documentar, registrar o mostrar unas ciertas condiciones o datos de la realidad. Dando por hecho que la mencionada relación entre el mundo y la literatura es unidireccional, asumiendo de entrada que ese vínculo se manifiesta bajo los modos del padecimiento y no de la potencia, buscando en la literatura un reconocimiento de datos conocidos y no una experiencia de lo ambiguo, la “superstición sociológica”¹ de la crítica

¹ El crítico argentino Alberto Giordano ha hecho una distinción cualitativa entre la ética y la moral en tanto sistema de valores trascendentes a los que la literatura se reduciría. En esta lectura de la ética, será fundamental la diferencia entre poder y padecer, es decir, entre pensar lo que la literatura padece (lo que es capaz de representar de la historia, del campo social o de cualquier otro contexto dado por fuera de ella) y pensar lo que la literatura puede más allá de su relación con el contexto, su potencia de irreductibilidad a cualquier lógica de reconocimiento. En este sentido, el autor describe las “supersticiones de la crítica”. Resumidas, son estas: 1) la superstición política: incapacidad de pensar el poder de lo inútil; 2) la superstición sociológica: incapacidad de pensar el poder de lo singular; 3) la superstición histórica: incapacidad de pensar el poder de lo inactual. Así, la interrogación sobre lo literario empezó a pasar por lo que puede, sobre los poderes de la contraefectuación como suspensión del sentido o como reconocimiento de la cuota de impersonal que existe en la práctica literaria más allá de sus evidencias discursivas. Ver Alberto Giordano, *Roland Barthes. Literatura y poder*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995.

(y también de la escritura) afirma constantemente la importancia de lo contextual (tan innegable, por otra parte, tan evidente, que podríamos pensar que ya es hora de dejar de hacer énfasis excesivo sobre lo inevitable) en detrimento de lo que, diría Barthes, la literatura puede. Hay unas ciertas condiciones culturales que determinan el espacio y los límites entre los que las obras literarias han de desplegarse. A esas condiciones, que proporcionan un suelo histórico, político y social para cualquier producción artística, se remite y se debe, irremediablemente, la obra literaria. Sin embargo, es el movimiento excesivo de la literatura con respecto a ellas, su modo impugnador e interrogativo de actuar sobre esos contextos dados para excederlos y olvidarlos, es la capacidad de la literatura para habitar los límites entre lo decible y lo indecible, para llevar lo imaginario hacia cierto tipo de verdad que no se debe a contexto social alguno (una verdad más exigente que la simple adecuación a la cultura), lo que suele pasarse por alto.

Decimos (valoramos) el poder de representación de la literatura, su disponibilidad para conformarse –aun si las critica– a las tensiones de una realidad (ideológica, cultural, social) dada, pero nada decimos de su potencia de invención, del vertiginoso poder literario de inventar una realidad improbable, esencialmente extraña, que acaso nunca se realice pero que inquieta, por su inminencia, cualquier sentido, cualquier valor establecido. Valoramos la literatura solo por sus pasiones, por la forma en que la afectan otros modos de existencia (las prácticas ideológicas, los discursos sociales, los debates culturales), y olvidamos que las pasiones son límites impuestos a la potencia de acción, que las fuerzas de padecer no son más que el devenir reactivo de las fuerzas de actuar.²

² Alberto Giordano, op. cit., p. 17.

Considero importante esta breve discusión en la medida en que determina, según creo, una buena parte de la historia de nuestra crítica y aun de nuestra literatura. Como todo movimiento determinado por reacciones, la genealogía de nuestra cultura literaria ha venido dirimiéndose entre el realismo autoritario de quienes entienden a la literatura como documento y quienes exigen una estricta ausencia de significado que no es, necesariamente, el deseable desprendimiento de las ataduras de la lengua en tanto que herramienta comunicativa (ese movimiento sin el que la literatura no podría existir), sino una reducción ideológica de la escritura literaria a sus técnicas y artificios. Es rara aún una ponderación del *silencio* literario, ese espacio ambiguo que no es aún comunicación, pero se expresa en tanto que existencia en el mundo, acalla todas las certezas en que nos sostenemos y derrota la unidad y la lógica de conjunto a las que la cultura nos tiene acostumbrados. Para decirlo con Maurice Blanchot, el lenguaje literario prefigura por fin el silencio, ensaya un modo (hablado, escrito) de decir *algo* que no aún puede decirse:

El lenguaje sería el principio por excelencia de la comunicación, en el caso de que fuésemos exclusivamente seres lógicos. Pero ni el mismo Descartes se atrevió a afirmar que todo es pensamiento, contentándose con dejar entrever que todo pensamiento es lenguaje. Realmente, el silencio existe: 'no es ni la muerte ni la palabra', existe algo que no es ni la indiferencia ni el discurso, y este algo, no transmisible por el lenguaje, es suficiente para sembrar la duda acerca de su capacidad de cumplir correctamente su misión.³

Ambas posiciones descriptas, aunque antagónicas, comparten una misma sanción cultural, es decir, normalizadora: ambas exigen que se escriba *bien*. La

³ Maurice Blanchot, *Falsos pasos*, Pre-textos, Valencia, 1977, p. 101.

corrección es uno de los imperativos más generalizados, consensuados y esterilizantes de nuestro sentido común. El valor del *bien* en literatura y en arte se convierte rápidamente en un valor moral, en un agente tranquilizador que reafirma la cultura y evita cualquier disrupción, neutralizando de este modo los poderes de discontinuidad y de interrupción, la potencia intempestiva de la literatura con respecto al paisaje homogéneo y continuo de la cultura. Blanchot de nuevo: “Ocurre que, para los amos de la cultura, escribir es siempre escribir bien, y escribir bien es, en consecuencia, hacer el bien, reconocer el bien, aunque sea en el mal, armonizar con el mundo de los valores”⁴.

De modo ejemplar, en la obra del poeta Efraín Jara Idrovo (Cuenca, 1926) se ponen en juego estos dos polos del pensamiento poético y se producen intersticios por los que se cuelan espacios ambiguos, hospitalarios para lo inaudito: la trama abigarrada de la propia vida y la voluntad expresa de extraer a la poesía de cualquier dependencia con las condiciones biográficas y culturales del autor, la declaración constante del trabajo del poeta en tanto que “pulidor de diamantes”⁵ que busca matizar las intrusiones conocidas y avasallantes de hechos de la propia vida en su obra, genera un movimiento que no es fácil desentrañar sin caer en los riesgos de obedecer al autor ciegamente u olvidarlo del todo. Iván Carvajal ha trabajado de modo preciso en este sentido: al leer su obra, examina los movimientos (geográficos, afectivos) del autor en una relación no causal, pero sí sutilmente dialéctica, con su obra.

Así, Carvajal establece la polaridad que tensiona la poesía de Jara Idrovo: “[...] la tensa combinación de

⁴ Maurice Blanchot, “Los grandes reductores”, en *La risa de los dioses*, Madrid, Taurus, 1976, p. 61.

⁵ “El almuerzo del solitario”, p. X. Las metáforas del trabajo artesanal con la lengua como la del orfebre o el pulidor con su materia prima son constantes en la obra de Jara Idrovo. Como veremos, asimismo, son recurrentes pasajes de su obra en que esa imagen de denuedo y trabajo consciente se ponen en riesgo a favor de una intrusión de lo desconocido y lo inesperado en la escritura poética.

angustia e ironía sobre la textura elegíaca de los poemas está atravesada por otras fuerzas encontradas, las cuales surgen de la polaridad entre la lengua y la urgencia expresiva del poeta [...]”⁶. Estas fuerzas encontradas pueden rastrearse en el conjunto de la obra de Jara Idrovo, en mayor o menor medida, como fuerte factor que gatilla el desarrollo de cada una de sus etapas.

Tal como lo afirma Carvajal, Jara Idrovo particulariza su labor poética (vuelve a fundarla, tras la incineración ritual de la obra de juventud) con un gesto de afirmación tajante de la propia individualidad en la medida en que actúa como mito de origen y fundación de una poética y como una suerte de autofiguración que marcará toda la producción posterior de manera manifiesta. Jara recurre a la invención de una geografía radicalmente atípica para la conformación de su mundo poético: el viaje a las islas Galápagos representa una ruptura en más de un sentido.

Si el paisaje andino es fundamental para los poetas contemporáneos a Jara Idrovo (y para las generaciones anteriores incluso con mayor énfasis), si la construcción de un origen ancestral y la expedición simbólica hacia esos orígenes fue, según Rodríguez Castelo, factor que *aplastó* la lírica ecuatoriana de la generación del 50⁷, el gesto del cuencano implica un desprendimiento potente e inédito con respecto a la tradición, a su horizonte cultural y a su mundo conocido y, así también, figura una travesía fundacional: *bildungsroman* o rito de pasaje. Las Galápagos, su eterna geografía en que conviven la solidez de la roca impertérrita y el embiste abstracto del mar, siempre dispuesto al recomienzo,

⁶ Iván Carvajal, “La fiesta del solitario”, en *A la zaga del animal imposible. Lecturas de la poesía ecuatoriana del siglo XX*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, p. 202.

⁷ Ver Hernán Rodríguez Castelo, “La lírica ecuatoriana en la segunda mitad del siglo XX: panorama generacional, tendencias, temas y procedimientos”, *Cultura. Revista del Banco Central del Ecuador*, Quito, n. 3, 1979, 201-262.

generan una plasticidad particular en la obra del poeta cuencano en sus diferentes etapas, desde la que figura una unidad cósmica de la materia que no se apaga jamás sino que cambia apenas de forma para dar continuidad a un universo inextinguible, hasta la amarga constatación del fin de todo cuerpo, constante fuente de angustia y de intensidad poética para esta obra.

El viaje al archipiélago (y en él, a la isla más pequeña de las islas habitadas) constituye una “doble huida” para Jara Idrovo: una fuga de la provinciana bohemia cuencana y de la estrechez de su horizonte cultural y al mismo tiempo, en su gestualidad paradójica, un encuentro con las formas más primitivas de la naturaleza; una huida vital y a la vez extrañamente cultural pues, como señala María Augusta Vintimilla en su detallado trabajo crítico sobre la obra de Efraín Jara, el viaje del poeta, que no es a una metrópoli sino a una isla casi desierta, representa un alejamiento del mundo pero un movimiento que busca una cierta proximidad literaria en los confines del paisaje oceánico: el escaso trabajo literario de Jara Idrovo durante su estadía en la Floreana a favor de actividades primordiales de supervivencia (caza, pesca, trabajo en la tierra), su encuentro vital con los elementos de la naturaleza en unas condiciones de vida precarias, está acompañado y alimentado por unas lecturas que mucho tendrán que ver con su obra de madurez: Eliot, Rilke, Pound, entre otros⁸.

Negación radical –escribe Vintimilla– de la estrecha vida en una provincia que apenas mostraba los signos de una incipiente modernización; su huida sin embargo no es a la metrópoli, no es a Nueva York o a París. Es Galápagos:

⁸ Iván Carvajal ha trabajado la relación entre “El almuerzo del solitario” y “La canción de amor de Alfred J. Prufrock” (1917) de T.S. Eliot, analizando ciertos tonos similares mientras examina también las divergencias derivadas de las diferencias entre las figuras de los protagonistas de ambos poemas. Ver Iván Carvajal, op. cit., pp. 207-213.

la naturaleza en su estado más puro, incontaminado de lo humano, «escena planetaria del combate cósmico entre las fuerzas esenciales». Pero hay un dato significativo: huye del mundo pero se lleva consigo el mundo de la cultura: Rainer María Rilke, T. S. Eliot, Paul Valery, Ezra Pound⁹.

En esta doble vertiente natural y cultural, geográfica y poética, se forman algunas de las constantes formales de la obra de Efraín Jara: el choque entre mundo y conciencia, la presencia vasta del mar, la roca y las variantes semánticas de la isla, la evidencia omnipresente de la muerte y su lazo oscuro con el amor y con la carne, la avasalladora subjetividad de la voz poética que se despliega sobre el mundo para declarar una “anarquista, y aún narcisista”¹⁰ afirmación de su individualidad que otorga existencia material a lo exterior.

En un inicio la mirada se pasea por un universo en constante recomienzo, en el que la materia no se pierde, en que la unidad es aún posible, incluso en la dispersión:

No hay extinción. Tal vez seamos sólo
chispas de frenesí de un sueño vano,
que no admite ni duración falaz,
ni la inutilidad de los residuos...¹¹

Estos versos finales de “Vida interior del árbol”, donde antes hemos leído la posibilidad de la realización en la dispersión (“Más dispersión es aún la semilla, / para la que cumplirse, es disgregarse...”), guardan todavía un sentido

⁹ María Augusta Vintimilla, *El tiempo, la muerte la memoria: la poética de Efraín Jara Idrovo*, Quito, Corporación Editora Nacional, Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, 1999, p. 28.

¹⁰ Iván Carvajal, op. cit., p. 202.

¹¹ Efraín Jara Idrovo, “Vida interior del árbol”, p. 45

de lo cósmico en tanto que ordenamiento de un universo lleno de significación. Los ciclos de naturaleza, así como los del hombre, se completan y se contemplan de modo armónico y, aunque el destino final de todo cuanto existe es la muerte y el esparcimiento in-consciente, existe una especie de plenitud impersonal que aquietta las turbulencias que la certeza de la desaparición podría provocar. Hay una mirada gozosa de lo pleno, de lo sucesivo, y en la constatación de la heterogeneidad inabarcable de los elementos del mundo, la certeza de la existencia del todo independientemente del sujeto constituye una aceptación plácida, melancólica pero serena, de la propia caducidad. Esa es la interacción con lo real que se siente en una etapa inicial de *El mundo de las evidencias* donde son las evidencias precisamente, la concreta materialidad de cuanto rodea a la voz poética, lo que otorga cuerpo y sentido a la escritura:

Si tengo que extinguirme, ¡sea aquí!,
que nada hay más hermoso
que la muerte elabore
con la cal de mis huesos
el penetrante olor de las retamas.¹²

Este tono irá mutando paulatinamente en un movimiento de repliegue hacia el sujeto para hacerse de un solipsismo cada vez más acentuado, aunque no exento de titubeos. En poemas notables como “Ulises y las sirenas”, “Advertencia” e incluso “Balada de la hija y las profundas evidencias” ya puede notarse este giro hacia el Yo que configura y resume el mundo:

Navegando, viviendo,
el puerto que te espera
es tu rostro perdido el día en que zarpaste.

¹² *Ibid.*, “Poema del regreso”, p. 53.

Fuera de ti no hay puerto.
Tu viaje es un retorno.
La espuma de la orilla sólo en ti se prosterna.

Tú no miras, Ulises.
Cuando miras, sorprendes
tu soledad volviendo a su propia constancia.

Formas vanas, reflejos:
olas, rocas, gaviotas.
Mundo es lo que te sobra y escapa por tus ojos.

¡Pon cera en tus oídos!
Las sirenas te llaman.
Fuera de ti no hay muelles, ni arena, ni evidencia.¹³

Entre la materia pura (las evidencias) y la subjetividad absoluta: de la plácida certeza de que todo retorna y se transforma, de que nada se pierde, a la constatación de que todo cuanto existe es ajeno, pues aunque nace y muere en la mirada del poeta, éste, con más énfasis incluso que el mundo que crea, va hacia la muerte: “no vemos: / recogemos fragmentos de nuestro ser, / migajas del propio extinguiamiento...”¹⁴. ¿Qué hay que pueda escapar de este binarismo entre la continuidad cósmica, la fuerza de la vida brillando en la disgregación germinativa, y la desesperanza de la proximidad de todo fin? ¿Qué entre la “Plenitud del polen”, la “Integración de la nube”, esos rescoldos de plenitud heredados de Carrera Andrade, y la “Amarga condición”, la “Nostalgia del presente”? ¿Podría quizá aparecer en ese intersticio la cotidianidad del solitario, su simple almuerzo, como espacio para la fulguración de un tiempo anacrónico, que no se juegue exclusivamente entre los grandes hitos temporales de la existencia?

Si la “restitución del orden cósmico” que ensayaba la primera poesía de Jara Idrovo como remedio para la “nostalgia

¹³ Íbid, “Ulises y las sirenas”, p. 63.

¹⁴ Íbid, “Advertencia”, p. 65.

moderna”¹⁵, producto de la ruptura entre el lenguaje y el mundo y la pérdida de la unidad del universo que marcó cosmovisiones más homogéneas, fracasa en su voluntad de restablecer una comunión total que aplaque la muerte de todo, la torsión hacia la destrucción de la objetualidad y la constatación de la dispersión será una respuesta –pero no la definitiva–. El texto del mundo (traducido por el poema al lenguaje humano), tras ser rasgado por el advenimiento de la muerte, deja un paisaje desolado que, sin embargo, como señala Iván Carvajal, es agrietado por destellos de fuerza vital que se expresan en algunos de los poemas más extraordinarios de Jara Idrovo:

[...] esta consciente subordinación de la agonía interior a la ley de la lengua no es del todo manifiesta en los dos poemas largos que anteceden a los últimamente citados. En *Añoranza y acto de amor* y en *El almuerzo del solitario*, por el contrario, el artificio –la repetición, sobre todo la aliteración, más que la combinatoria o las variaciones seriales– se somete más bien al ritmo expansivo y al impulso dionisiaco de la escritura poética¹⁶.

La subordinación señalada por Carvajal tiene lugar en el período de “Sollozo por Pedro Jara” e “In memoriam”, es decir, frente a pérdidas irremediables y profundamente lacerantes: el suicidio del hijo y la muerte del amigo. De acuerdo con las tendencias de la época, la lingüística estructural (que Jara Idrovo investigó y enseñó en el ámbito universitario) marcó poderosamente la escritura del autor y lo llevó a experimentar con la composición lingüística con el fin de indagar en las posibilidades combinatorias y la tan apreciada polisemia. En este sentido, Jara Idrovo sometió

¹⁵ María Augusta Vintimilla, op. cit., p. 37.

¹⁶ Iván Carvajal, op. cit., p. 204.

los embistes del dolor vital a la estructura de la lengua, obedeciendo el credo estructuralista que subyuga los impulsos vitales a las regulaciones de la lengua y las posibilidades que surgen de la experimentación con ellas.

Hoy, quizá, nos conviene mirar un poco irónicamente estas pretensiones (recordemos que algunos de los puntos más altos de la obra poética de Efraín Jara están teñidos de una ironía que desgarrar los programas conceptuales exteriores y previos al poema). Si leemos los “Propósitos e instrucciones de lectura” que preceden al “Sollozo” notaremos forzosamente que la “libertad” que el autor quiere otorgarle a su lector mediante la interrogación de la lectura convencional (“manifestada en la pasiva servidumbre al despliegue del texto”¹⁷) está fuertemente limitada por un esquematismo que se muestra sobre todo en la categorización de las lecturas (A) *Lectura convencional*; B) *Lectura sintagmática*; C) *Lectura paradigmática*)¹⁸.

Si para la semántica estructural, y tal como lo indica el propio Jara Idrovo en estas instrucciones, una lengua es un sistema convencional comunicativo, es decir, un sistema para transmitir mensajes convencionalmente codificados, y si esta ideología formal y estética asume que es la polisemia, la pluralidad de sentidos, lo que otorga riqueza al texto poético, es natural esperar que una combinatoria lo más compleja posible de las unidades sintácticas del mismo optimicen la posibilidad de producción de sentidos. Es esta la intención del autor que monitorea al poema desde el lugar privilegiado del prólogo, preconizada, sin embargo, en supuesto detrimento de la autoridad del sujeto que escribe. Esta riqueza semántica, de todos modos, es

¹⁷ Ver Efraín Jara, “Propósitos e instrucciones de lectura”, p. 129.

¹⁸ Esta práctica de dar instrucciones al modo de claves para enriquecer la lectura de un texto, aunque curiosa, no es inédita: el caso paradigmático de *Rayuela* de Julio Cortázar precede al “Sollozo” con una década y media.

limitada, literalmente cuantificable: “Movilidad controlada’, entiéndase bien –advierte Jara Idrovo–, ya que el poema, si bien admite una posibilidad ilimitada de lecturas, presenta un carácter aleatorio restringido y, por lo mismo, no admite otras ni todas las lecturas”¹⁹.

Quizá convendría en este punto recordar el sentido que le da Jorge Luis Borges a la inocencia del lector. La primera forma de lectura que nombra Efraín Jara en estas instrucciones, la convencional, está destinada al “lector inocente” según la terminología con que Dámaso Alonso designa al “lector común”. Borges, que tan comúnmente suele ser catalogado de erudito, en sus *Nueve ensayos dantescos*, establece de entrada un deseo: “Creo que si pudiéramos leerlo con inocencia [se refiere a poema de Dante] (pero esa felicidad nos está vedada), lo universal no sería lo primero que notaríamos y mucho menos lo sublime o grandioso. Mucho antes notaríamos, creo, otros caracteres menos abrumadores y hartos más deleitables [...]”²⁰.

Al valor moral de la sapiencia o la solvencia cultural como requisitos para una *buena* lectura (más informada, más *autorizada*), se opone la potencia ética de la inocencia que habilitaría una experiencia gozosa de la literatura (y, en el caso al que se refiere Borges, de nada menos que de la *Divina comedia*, paradigma de obra inseparable de su panteón de sabios) que, teniendo en el horizonte los saberes acumulados que definen y limitan las significaciones de la obra, abre un espacio para la experiencia del detalle, de la anomalía, del recuerdo, un lugar para el *encuentro* que neutralice, al menos por un momento, la operación automática de reconocimiento de grandes ciclos, motivos y guiños eruditos²¹.

¹⁹ Efraín Jara, “Propósitos e instrucciones de lectura”, p. 129.

²⁰ Jorge Luis Borges, “Prólogo” a *Nueve ensayos dantescos*, en *Obras completas*, tomo 3, Buenos Aires, Emecé, 2005, p. 375. Una lectura extendida de la inocencia como ética de lectura en la escritura ensayística de Borges puede encontrarse en Alberto Giordano, “Borges y la ética del lector inocente”, *Modos del ensayo*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2005.

El breve excurso borgeano procura proponer que una operación deconstructiva de los presupuestos con los que solemos leer (regidos por los mandatos morales de la competencia) es, al menos, deseable como modo de ir al encuentro de un poema complejo y multifacético como el “Sollozo por Pedro Jara”. Pero, sobre todo, busca abrir un espacio de posibilidad para la resignificación de lo que podemos entender en él por sentido, forma y experiencia.

Quiero decir que también a la clara evidencia de que la poesía debe desprenderse del yugo del significado (y de que toda literatura debe liberarse del mito de las intenciones y programas autorales) hay que aplicarle un matiz que rebase la simple (la limitada) noción de polisemia. Más que tener múltiples significados, la palabra poética tiene un sentido *neutro*, impersonal, “íntimamente ajeno” (Blanchot). No se trataría tanto de decir muchas cosas con el lenguaje, de multiplicar significados (sueño dilecto de la semiología que le arranca al mundo su posibilidad de no significar), sino de buscar en las palabras los modos de aparición de lo indecible. No modular un dolor inaudito con el trabajo tesonero con el lenguaje para domesticarlo, sino poner a prueba (siempre de cara al fracaso) los límites del sentido lingüístico para hacer vibrar en esos límites, más allá del significado, la *imagen* de ese dolor. La imagen: a-sintáctica, muda, soberana, indecible. María Augusta Vintimilla lo dice en un momento de su estudio, casi en contra del credo expreso de Jara Idrovo: “Las palabras dicen siempre otra cosa y la escritura poética intenta

²¹ Remito a la *Ética* de Spinoza para la discusión sobre la diferencia entre la moral en tanto que sistema de valores trascendentes que definen una estructura de valoración ajena al acontecimiento, es decir, debido a las categorías intangibles e inmutables en su principio esencial, de *bien* y *mal*, y la ética como afirmación de la potencia de lo que es, la diferencia entre lo *bueno* y lo *malo* en términos de su capacidad para aumentar o disminuir la potencia de lo existente para actuar. Dos libros imprescindibles para la actualización de esta discusión son *Spinoza: Filosofía práctica*, Buenos Aires, Tusquets, 2006 y *En medio de Spinoza*, Buenos Aires, Cactus, 2008, ambos de Gilles Deleuze.

abrir ese vacío, esa desgarradura, para el advenimiento de lo indecible.”²²

Es necesario hacer convivir las posibilidades dadas por el autor del “Sollozo” (las lecturas paradigmática y sintagmática pero, también, la “inocente”), explorar sus posibilidades combinatorias y la riqueza de sus múltiples significados y sentidos, sin por eso despojar al texto de su sentido primero, inapelable, poderoso en su mudez: el del sollozo. En el *relato* que hace el poema, la imagen del hijo, pedro piedra, pedro roca fundacional de la vida, pasa de la solidez inmutable a desintegración de la espuma. Es la historia de una caída y la condición del padre de testigo de esa caída, de ese desvanecimiento, de esa disgregación que ya no puede hacer sentido en un posible retorno o en una nueva integración con los elementos. Es un puro gasto material sin ganancia.

El poema (y sus instrucciones previas) muestra un frontis sólido, riguroso, multiplicador de sentidos pero, así, manifiesta una resistencia (una estrategia represiva clásica) a ese núcleo de indeterminación que no puede ser dicho. Y así también, hace manifiesto el carácter de interrogación infinita que fue, para los románticos del círculo de Jena, lo propio de la literatura. Para el primer romanticismo alemán, el *absoluto literario* tiene su base en una concepción de la literatura no alienada del saber sobre sí misma y, al mismo tiempo, resistente a la reducción cultural de sus potencias, un saber en acto de lo que la literatura *puede*, de la afirmación de lo indeterminado como fuerza creadora²³. Aquí la figura fundamental es la de la ironía en tanto que forma paradójica en la que el lenguaje se repliega reflexivamente sobre sí mismo y se abre, a la vez, a la radicalidad de lo caótico: de

²² María Augusta Vintimilla, op. cit., p. 109.

²³ Ver Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe, *El absoluto literario. Teoría de la literatura del romanticismo alemán*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2012.

lacerante tiempo del verbo “parecías”, repetido furiosamente en el fraseo de las partes segunda y tercera del “Sollozo”, se cifra la cadencia de un desmoronamiento, el centro del poema expuesto desde el título pero cuidadosamente puesto a salvo (domesticado) por el despliegue y la ostentación de unas destrezas que no logran ocultar, sin embargo, la imagen indecible que subyace al texto: la experiencia inaudita de la muerte del hijo, contra cuya evidencia no hay sinfonía posible.

la indeclinable convicción de que la poesía
únicamente imprime su pisada indeleble
ahí donde la mezquina
eficacia del pensamiento
cede la iniciativa²⁶

Vuelvo a una pregunta formulada anteriormente y que quedó sin respuesta: ¿Qué hay que pueda escapar de este binarismo entre la continuidad cósmica, la fuerza de la vida brillando en la disgregación germinativa, y la desesperanza de la proximidad de todo fin? ¿Y entre el desnudamiento del significado a favor de la poesía por la vía de la polisemia y el juego de palabras y la burda adjudicación de los sentidos del texto a las experiencias biográficas del autor, es decir entre el dogma del artificio y el del realismo, disyuntiva planteada en un inicio en este prólogo? Una respuesta podría quizá ensayarse en cierto tipo de tiempo heterogéneo que aparece irregularmente (anacrónicamente) a lo largo de gran parte de la obra de Jara Idrovo. El tiempo del eros, pero también de la cotidianidad, esos lapsos *laterales*, por fuera de los grandes ciclos vitales (los ciclos privilegiados del nacimiento u origen y la muerte), figuran una fuerza vital intempestiva que desarma esas series significativas que, aun desde la

²⁶ Íbid, “Alguien dispone de su muerte”, p. 173.

un hombre
 que al barajar las cartas
el azar le impuso un nombre
 efraín jara
se prepara para la final partida de dados
 anfitrión solitario
 un tanto ebrio todavía
contempla a la madrugada los restos del ágape
ceniceros repletos
 sillas derribadas
 copas rotas o a medio vaciar
hay una ominosa mancha de vino
en la blancura del mantel
 como desolladura
en la espalda adorable de una mujer

El tiempo-rapto del encuentro sexual funciona en este mismo sentido aunque los ritmos difieran. Este tiempo muerto (por su exclusión soberana con respecto a los grandes ciclos, los que le dan sentido a la vida aun quitándose), día entero o instante, escapan a la dialéctica nacimiento-muerte, continuidad-desaparición, en la medida en que dibujan una virtualidad que no puede ser contenida en las grandes parcelas de la existencia: “En tus laberintos de avidéz y fuego / se resuelven las contradicciones: / la cornamenta sombría de la fatalidad se pudre bajo las rosas / y el hombre reconoce en la tortura su cuota de paraíso...”²⁹.

La propuesta ha sido, pues, la de indagar entre los grandes bloques de sentido (brillantemente determinados por los críticos que han dedicado trabajos más extensos y rigurosos al gran poeta cuencano) en busca de sus inasibles lapsos de indeterminación. A la pregunta “¿hay algo más que roer el hueso del tiempo / bajo el silencio de las estrellas?”³⁰, no responder con la misma moneda de fatalidad

²⁹ Íbid, “Añoranza y acto de amor”, p. 85.

³⁰ Íbid, “El almuerzo del solitario”, p. 93.

—pero tampoco con ningún optimismo cósmico—. La mejor respuesta de esta obra *in perpetuum mobile* no se resume en ningún gran acontecimiento sino apenas en unas imágenes en continua fuga. Porque son sencillas, porque no responden nada (ni a nada), las imágenes de un almuerzo a solas o las de un final de fiesta, el simple panorama de una cama sin tender como metáfora de la vida que se obstina pese a todo, que se obstinará, siempre, hasta el límite en que vibre finalmente su extinción y toda palabra quede abolida, son el sustrato más material —más perdurable— de los sesenta años de trabajo poético que aquí se celebran.

Daniela Alcívar Bellolio



De Tránsito de la ceniza
(1945 – 1947)



Ternura y soledad de mi madre

Era yo, desterrado de la música eterna,
donde esperamos, junto con la rosa y el ave,
un número cumplido, una señal exacta
para iniciar el arduo cautiverio en el tiempo.

Era yo el que subía, con mi peso de siglos
y el latido insistiendo con golpe de amapola,
la tranquila corriente de tus venas azules.

Era yo quien ponía ese lejano peso
de niebla o mariposa de la dulce nostalgia
en tus profundos ojos, cuando el alba mirabas
tenderse, derrotada, en fúlgido cadáver de rocío.

Sentía, entre los líquenes que guardaban mi origen,
tu abandono de estatua o rosa en el estío,
como siente en su claustro de humedad y tiniebla
la temprana semilla el leve desgarrarse
de la blusa del viento en la copa del árbol.

Yo poblaba tu clara soledad de agua y luna
desde la uña al alma, desde el fragante nardo
del seno hasta la lenta paloma de tu tacto.

Por eso es que comprendo tu actitud de luciérnaga,
encendiendo en mi noche su trémula bengala.

Yo sé que sufres, Madre, porque el mar me reclama
e, igual que la ola, no hallo ni cauce ni reposo;
que tu amor me quisiera detenido en remanso,
como el árbol, erguido, con nidos y raíces.

Pero ya me urge el rayo, y extrañas nubes cruzan
mi corazón y el sueño, murmurando: “¡Hijo mío!,
el amor y el destino son un adiós! ¡Despídetse!”

¿No prende la simiente su oculto candelabro,
cuando la primavera agita sus banderas?
¿Le es dado a la ola henchirse sin despertar la espuma?
¿Queda la mariposa cautiva en la crisálida,
mientras la flor exhala su alma en el perfume?

Ahora, sí, comprendo cuántas dagas de sal
te hundió mi inexorable estrella en las entrañas.
Yo te debo ese surco de lirios en la frente,
el peso azul que agobia la azucena del párpado
y el arroyo de luna que inunda tus cabellos.

Nadie, como tú, más sola, como cuando me encuentras
vencido por las turbias muchedumbres del vino;
ni, como tú, más tierna, si sientes el otoño
desparramar mis hojas con sus dedos de olvido.

Nadie, nadie te iguala, cuerpo que das mi sombra,
cuando juntos oímos el rumor de cenizas
con que la muerte avanza a besarnos la frente...

Plenitud del polen

Subes, casi en puntillas, con pie de sobresalto,
pues si la flor presume dilatarse en el júbilo
del día, antes asoma su párpado a la muerte.
Desde profundidades de terciopelo y nácar,
sube su áureo polvillo de estrella o mariposa
y prende en los estambres su sexual candelabro.
Siente el llamado artero del insecto y el viento,
invitándolo a arder, como beso en el labio,
y espera el dulce arribo de la primera abeja
que viene abriendo un túnel de música en el aire.

¡Residuo de ala de ángel, o vegetal topacio
condenado a extinguirse por codiciar la lumbre!
La llama nunca acierta a perpetuarse en vuelo,
porque todo lo que arde deriva hacia la lágrima
y al tiempo ha de pagar su tributo de sombra.
¡Durar es dispararse! Por eso el polen quiere
descargar su relámpago en el pistilo enhiesto.
Cómo se desespera su fanal de luciérnaga
al ver cada mañana disminuir la flama,
mientras el colibrí –pura música en éxtasis–
decide el porvenir incierto de los gérmenes!...

Cautivo en torre de ámbar, oye su ávido cirio
el húmedo llamado de las germinaciones,
de la noche profunda con sus anillos y astros.
Siente aquel desvarío gozoso de los seres,
cuando la primavera se enciende en nuestras sienas.
Teme ver malogrado el prodigio del néctar,
apagada en la hierba la luz de sus meteoros.

Busca, entonces, los flancos nerviosos de la brisa
y desde el amarillo pulmón de las anteras
inicia la aventura nupcial de las semillas.

Zarpa desde la rosa, desde el olmo o la blanca
camisa de los lirios. Asume el sobresalto
de quien lleva misión en que asecha la muerte.
Vuela, viaja, se frustran las plumas de berilo.
Pero a veces arriba y hunde un venablo de oro
en el intacto ovario, donde yacen dormidos
el rostro candoroso de la azucena, el talle
de la palma, la avispa que anima la simiente
y el arcángel que escapa al abrir la manzana...

Elegía por el sexo de Thamar

¡Thamar!, espinazo convulso de la llama,
febril vena de rosa,
anillo delirante del viento.
Medio a medio del cielo de olivos de la Biblia,
yacías indecisa, de pie en el sobresalto,
como pezuña leve de cabra en los cantiles,
como nube que ovilla los hilos de la lluvia;
tan solo como grieta del sollozo
o un tremendo huracán de dulzura...

Allí, bajo el gran pétalo de magnolia del vientre,
el llameante aerolito de la virginidad,
aquella mariposa dormida al fondo del volcán,
te ardía y te dolía
igual que la paloma de miel a las frutas tardías.

En vano te escoltaban la sombra augusta y grave
del harpa de David
y la espada de fuego del idéntico origen.
En vano tu heliotropo,
tu joven sexo oloroso a panal,
fricción de astro y vinagre enardecido,
estaba vigilado por un ángel.
Ya el vendaval de instintos,
Amón, el hombre,
el animal que goza y se entristece,
buscaba tu violeta de rumor genésico...

¿Quién puede comprender esa agonía
en que arden las mujeres,

cuando senos y muslos
instan, con madurez de fruta, a las caricias?
¿Quién entender puede, Thamar,
la vocación de espinas del placer,
el gozoso dolor de tu diamante,
de tu crujiente doncellez de espiga
por oscuros bisontes pisoteada?
¿Dónde la pura voz de lámpara
o estela de navío
para cantar el luto de tu capullo herido?
¿Dónde las manos puras que han de encender el cirio
y cubrir de clamores y ceniza de lilas
la flor ensangrentada?

¡Oh, acerba Thamar!, enredadera desgajada:
mujer completa, al fin,
por el conocimiento y la melancolía!...

Canción para una muchacha desconocida

¿Cuándo he de ver cascadas de relámpagos
orlar la porcelana de tus hombros?
¿Por mis dedos fluir tu cabellera
cual torrente de trigo o de medallas?

¿Cuándo he de oír poblarse mis arenas
del intenso rumor de las colmenas?
y de alondras tus venas? ¿Y de espuma,
las enérgicas olas de tus senos?

No te conozco, no. Nunca la ráfaga
de hogueras de tu piel hirió mis yemas:
pero siento, cuando cierras los parpados,
que tus pestañas aprisionan mi alma...

¡Todo anhelo prefigura lo real!
Tiene que haber un tiempo y un espacio
en donde encarnas tú los atributos,
que mi amor los precisa certidumbres.

Ignoro tu estatura. ¡Qué imposible precisar
la altura de los sueños!
Alta debes de ser cuando la brisa
te llena de murmullos, como al álamo.

¿Tienes lenta la voz? ¿Verdes los ojos?
¿Cintura de centella o margarita?
¿Amas los seres frágiles: la vida,
por ejemplo la rosa que es su imagen?
¿Usas el pelo suelto? ¿Te lo trenzas?

¿Tienes andar de antílope o de nube?
¿Adviertes, como yo, la mansedumbre
del manantial y el asno, en el crepúsculo?

¿Tus dientes brillan como estampa o rayo?
¿Fluye tu soledad –tazón de fuente–
con la continuidad serena o grave
de los velos del agua?, me pregunto.

¡Si al sonreír, la súbita diamela
del hoyo iluminara tus mejillas!
¡Si al besarte, ya muy lejos de mí,
desde ti me escuchara, igual que un eco!

¡Oh empeño de certeza; y sin embargo,
girar de niebla del presentimiento!
No te conozco, no. Ni afirmaré
si en otras vidas pronuncié tu nombre.

A pesar de esto, amo tu incertidumbre,
que te dan anhelada es ya tu recuerdo;
tu soledad de playa que desata
espumas indecisas en mis sueños...

Funeral de la golondrina

La fragata del viento llegó con la noticia
y las ranas doblaron su campanario de agua.
¡Murió la golondrina, a las seis de la tarde!,
a la hora en que solía posarse en los alambres,
rendida, con su oscura librea de ceniza.
La encontraron tendida sobre el húmedo trébol:
la flor del infinito anidaba en sus venas.
A las seis de la tarde, tocó con su violeta
la muerte en su albo pecho con nitidez de nieve.
A la hora de los grillos, se rompió su tijera
en el tejido abstracto de la eternidad.
Ya eran las seis cuando sollozó la neblina
al ver que no escoltaba su lenta caravana.
A la luz de un lucero, hallaron detenido
su corazón pequeño, como un grano de trigo.
¡Nunca volvió a medirla el reloj del rocío! . . .

Encendía el crepúsculo suntuosos candelabros
y el alhelí tenía miedo de los fantasmas,
cuando sintió, de pronto, la frágil golondrina,
una pesada niebla enredarse a las alas,
una música espesa invadir sus arterias
y, por primera vez, el peso azul del cielo.
Sintió endurecerse el aire, cuajarse en amapola
su sangre, más que sangre, desvelo de la brisa.
Miró la lejanía dilatando sus círculos
y la sintió cercana, como anillo al dedo,
porque iba disolviéndose en veloz transparencia.
¡Murió la golondrina!, comentaban las dalias
en su callada lengua de polen y perfume.

Murió súbitamente, mientras condecoraba
el pecho de la tarde con la primera estrella.
¡Murió la golondrina! Supieron las luciérnagas
y encendieron sus cirios de esmeralda y topacio.
Se evaporó la abeja que animaba su vida:
sólo quedó en la tierra la cápsula de plumas.
¡Murió la golondrina!, le contaron al viento,
y el viento desmayóse en brazos de una niña.

¡Sí, debe haber un cielo para las golondrinas!
Pero no precisaron bajar los serafines
para llevar su espíritu a la fronda celeste:
fue tan puro y liviano, que ascendió por sí mismo
como suspiro, aroma, o el sueño de una virgen...

Sexo

Esta salpicadura de relámpago
o estertor de mucosas de la lava.

Esta sal que modela los corales
y se ensaña en los cascos de las naves.

Este sigilo de pantera o niebla,
alertando las ascuas de la sangre.

Este terco animal con pies de sombra,
pisoteando los astros y los pétalos.

Esta amapola en llamas, asomándose
entre las tristes grietas de la carne.

Este insidioso rastro de frescura,
tras del cual van las corzas al abismo.

Esta razón de júbilo; y, de pronto,
gravitación de la melancolía...

Esta respiración de tigre, enardeciendo
la marea de soles del instinto.

Este olor visceral: cera de abeja
o cardumen abrasándose en la playa.

Este otoño en las venas. Este párpado
feroz y tiernamente vigilante.

Este fuego tenaz que nos sostiene,
Aunque seamos ya polvo esparcido.

De Otros Poemas
(1948 – 1958)



Vida interior del árbol

*a Luis Molinari,
gran pintor y amigo entrañable*

I

Bien comprendéis, amigos, que yo nunca
hablo de la escamas transitorias,
de lo que el ojo entrega a la instantánea
vacilación del ser en la apariencia.
Nunca hablo ni de cáscaras ni harapos,
sino de aquel relámpago implacable
que brilla, cunde, abrasa y se empecina,
como el tizón de estrella de la infancia
en la ceniza azul de la memoria.
Cuando hablo de las sienes de la espuma
o el bostezo indolente de la nube,
en verdad, me refiero a lo que fluye,
porque algo hay que se obstina y permanece;
algo que sorprendemos el instante
en que ya se despide para siempre...

Buscamos algo más. Como el hijo,
buscamos el sentido de la vida;
la pura matemática que norma
el sereno equilibrio de los astros,
el descenso de espada o de meteoro
con que el instinto del halcón se cumple.
¡Debe haber un sentido! Los luceros,
los peces, las montañas y las dalias
¿de qué lenguaje extraño son los signos?
¿Qué trata de decirnos la pantera

con el fulgor sañudo de sus ojos?
¿Qué tratan de decirnos las violetas
con apagadas sílabas de duelo?
¿O es que, carente de sentido, habla
la soledad del mundo por el hombre?

Caed al torbellino de los gérmenes,
al núcleo primordial que huele a fiera
y arrebatada médula de rayo;
a las fermentaciones del origen;
a la grieta sin fin de la energía,
donde el sexo se enarca y las semillas
abren el puño, heridas por la vida.
Ahí todo se funde y burbujea,
todo arde en un aliento de leopardos
aguardando la cita del relámpago.
Conmigo, hermanos, sorprended el fuego
que, intenso, es rocas y apagado, roca,
y la perenne música que rige
el orden de diadema de los astros
y la pausada formación del árbol.

II

Esto que veis aquí: ímpetu oscuro
suscitador del canto de las ranas;
esto que, por momentos, se asemeja
a cabezas de niña degollada,
con las trenzas regadas, es el reino
nocturno y funeral de las raíces.
Aquí se agitan los palpos del gusano
y la siniestra flor de terciopelo
de la araña procura madriguera.
Lentas emanaciones, sordo trueno

de corrupción, murmullo de pestañas,
de pronto, oyen las voces que convocan
las formas esfumadas para asirlas
nuevamente a la vida, en las sustancias
que ascienden y elaboran la madera.

Con voluntad sonámbula de larva
acude la humedad: aletargados
estandartes, espesas marejadas
de corolas y túnicas, rendidos
a la fascinación de las raíces.
En su urdimbre de arteria forcejean
los trémulos violines de la lluvia,
las sales, las edades y el estruendo
que viene desde el fondo de la tierra,
del otro lado de la vida, y cuajan
una sustancia parecida al semen
por su olor germinal y consistencia.
¡Ah ciega obstinación de la materia!
¡Ah perpetuo suplicio del impulso,
condenado a extinguirse en cuanto cumple
el fugaz parpadeo de la forma!...

En el tronco se inicia el cautiverio
de los hoscoscos enjambres subterráneos.
¡Disciplina geométrica! ¡Precisa
lección de exactitud, terca armonía!
Porque en el árbol todo se organiza
en anhelo de vuelo o de volumen:
olas lentas, coronas de perfume
siguen la dirección de las estrellas
o se rezagan en sortijas pálidas
en el tierno coral de la madera.
No hay azar. Instaura un orden rígido

el susurro de quillas de la savia:
este pesado sueño de palomas
será resina; aquel ángel turbado,
relámpago del polen. Y en la espera
impasible de su llegar a ser,
todo calla y encuentra su sentido...

¡Tanto extenuarse de alas y de velos
en este colmenar, donde los años
se apagan y congelan en anillos!
¡Tantas ráfagas de mariposa
y estallidos de venas que preparan
la brusca exhalación de la fragancia!
Aquí no asoma nunca la guirnalda
melancólica de las estaciones
ni el calzado de abejas de la brisa.
Aquí no hay sino espesos remolinos
de albúmina empapada, cicatrices
que va dejando la monotonía,
mientras prosigue el árbol su estatura,
con resistencia y vuelo, dilatando.
¡Ah empeño solitario de la forma!
¡Tiranía incesante del envite,
que se resuelve en sombra, si decae!...
¡Todo se centra para dispersarse!
Cuando a la ramazón la savia llega,
los finos bronquios de las hojas se abren;
y algo como un vapor de arcángeles,
como iracundo entrechocar de sables
o febril aparejo de velámenes,
el esplendor conmueve del follaje.
Dispersión es la copa, en que se ensaña
el viento con sus látigos azules;
la flor con su pequeña y momentánea

llaga de olor; el fruto sazonado,
donde el gusano y el dulzor disponen
degradación y luto a cada instante.
Más dispersión es aún la semilla,
para la que cumplirse, es disgregarse...

III

Pino, sauce, abedul, álamo, aliso,
¡oh pura construcción de luz y anhelo!
Surtidor de alas, péndulo del viento.
Antorcha de silencio y de fragancia.
Pulgar nítido que en el firmamento
deja su huella digital de pájaros.
Que tu viva pagoda de esmeralda
la tempestad no abata sobre el prado;
que el paladar del fuego no devore
tu racimo de verdes abanicos;
que la lengua de luna de las hachas
no trunque tu perfil de candelabro;
que a tus cortejos de ángeles, el rayo
no ahuyente para siempre con su espada;
que tus peldaños de almidón aguarden
el día inexorable en que yo suba
a buscar nueva voz en tu desvelo.

Estar aquí no tiene más sentido
que volver a empezar, al cautiverio
del orden y la forma encadenados.
También mi aciaga carne ha de inmolarse
en el festín del ácaro y la mosca;
la lluvia y su harpa de misericordia
disolverán los últimos tendones;
la blancura tenaz de la osamenta

brindará todavía testimonio
de que fui, que canté, que muchas veces
el amor me propuso su corona...
Ved entonces, amigos, el ramaje,
la inquietud de cardumen de las hojas,
la tensa piel de azúcar de los frutos:
son mis huesos, mis venas y mis ganglios
nuevamente encarnados en la forma.

No hay extinción. Tal vez seamos sólo
chispas de frenesí de una sueño vano,
que no admite ni duración falaz,
ni la inutilidad de los residuos...

Himno de amor

¡Oh, tú Bienamada!, en quien persigo desesperadamente
el entramado de rayos de la duración,
el punto en que el círculo concluye, porque da comienzo
la perfección de su inagotable trayectoria.
Deslumbrante presencia,
áureo tímpano a la deriva de la música,
cuya evidencia vacila sobre el piso de niebla de los sueños,
a causa de su excesiva e inalcanzable certidumbre.
Hermosa como la sangre humeante de la presa en las
garras implacables del gavilán.
Como la gota de rocío, palpitando, igual que las sienas del
diamante, en una telaraña.
Como una calavera desenterrada con restos de cabello.
Como el festín atolondrado de las moscas en los lacrimales
del cadáver.
Como aquel que saluda atentamente y anhela asesinar al
primero que le pregunte la hora.
Como el silencio opresivo que antecede al accionar de
mandíbulas de cocodrilo de los terremotos.
Como el olor a llamarada de la sequía.
Como una hemorragia cerebral a media cópula.
Como el alarido del dipsómano al palpar una araña en
su bolsillo.
Como el ciego preguntando: ¿por qué es triste la tarde
del domingo?
Como el llanto del niño escuchado por quien yace en el
lecho con el hígado devorado por las amebas.
Como el retumbar de piedras y soles con que avanza por
las arterias la creciente de la locura.
Como el crujido del coleóptero pisado en la oscuridad.

Como la estrella cárdena que se enciende en la lengua del
ahorcado.
Como el remolino de tizones de la irritación del blasfemo.
Como la fulminante y seca enredadera del veneno.
Como la gota de semen en un vaso de agua, que nos
parece una medusa y, en realidad, es una paloma.
Como la conmovedora entonación de la madre, cuando
nos advierte: ¡Hijo, cuídate de la pobreza!
Como el estallido del pulmón del tuberculoso que suena,
apenas, lo que la rosa al abrirse en la madrugada.
Como el día siguiente a la muerte de dios.
¡Oh, Bienamada!, por quien toda relación es bella,
por quien todo adquiere la rutilante hegemonía del sentido
y la hermosura limita con las formas ya casi intolerables de
lo terrible...

Poema del regreso

Regreso al tiempo del afán humano;
al nativo solar, como quien torna
a recoger los frutos
que antes de la partida, apenas, fueron
vacilantes semillas.
¡Regreso a los mayores y a los hijos!

Retorno a lo que siempre ha sido mío:
el sonido de encajes del maíz,
el dorado fantasma
que solloza extraviado en la cebada.

Miro, de nuevo, el viento abrir su puño
y esparcir las semillas de los sauces;
la lechuga y la col
su seno recatar con verdes manos;
abatirse la rosa, herido el pecho
por la bala certera de la abeja.
Torno a escuchar el canto de las ranas,
el golpe de cuchara con que convocan
la nube de aguacero:
el río tutelar, el Tomebamba,
como un resto de cristales de la infancia
que crujen todavía en la memoria.
Mucho tiempo anduve por las islas
conociendo a mi Patria,
golpeada por el mar y la desgracia.
Allá en la soledad de las Galápagos,
inmerso en el desvelo de las olas
y el olor seminal del algarrobo

aprendí muchas cosas.
Para muestra, sólo pongo un ejemplo:
yo creía que ver era salir del ojo
y tocar, impasible,
lo compacto y cambiante;
quiero decir el trigo
el congelado grito de los montes,
un cuerpo de mujer
o la gaviota, cítara del viento.

Mas, cuando vi la zarpa de las olas
romper en su demencia
las renegridas costillas de las rocas
y el árbol aferrarse a la volcánica
desnudez de la piedra,
comprendí que mirar equivalía
a derramar el alma por el ojo
y contagiar la fría constancia de lo externo
con el tenue temblor de su perecimiento.
(Solo más tarde supe que mirar era verse.
Conciencia y mundo están ahí, ¡qué duda cabe!;
pero el mundo es al ojo
algo que, siendo, no es:
la terca soledad de la conciencia
que solo en su avidez se reconoce).

Desde entonces mi corazón sigue al ojo,
como al pastor la cabra,
y amo las formas vanas que la vida
erige por un día
y en ebriedad de polvo se deshacen.
Amo el despliegue inútil de arrogancia
de la flor en la encía del basalto,
el rigor geométrico del cacto

que tiene, a veces, algo de osamenta,
de adusto candelabro o tubo de órgano.

Con estos nuevos ojos,
que son uñas del alma,
me prendo a los collados, donde el viento
insta a emprender el vuelo
a las desfallecientes alas del maíz.
Otra vez, contra el suelo de mis antepasados,
oigo un rumor de manos modelando vasijas,
moviendo los telares,
arrancando a las ubres humeantes azucenas.
Oigo la voz profunda de mis padres
animando la hierba y las semillas
y al hijo que se afana en los rosales
de sangre materna...

Vuelvo, lleno de amor, a dar un testimonio:
la soledad jamás será hostil,
si es una condición para que los demás
dejen, en lo profundo, de ser otros.
Vuelvo por mis hermanos labradores,
los sin barba ni lecho,
los que guardan su corazón
como un vestido para mejores días.
Torno al tiempo del hombre que se obstina
y a la arcilla de forma de tinaja,
de surcos de patatas,
de senderos que suben hasta el cielo.
Al nativo solar regreso, y amo,
otra vez, con pasión de desterrado,
esta tierra que nunca me sacudo
del alma y los zapatos.
Si debo, como ahora, demorar, ¡sea aquí!,

mirando las montañas, en las que por septiembre
las nubes apacientan perezosos rebaños.
Si tengo que extinguirme, ¡sea aquí!,
que nada hay más hermoso
que la muerte elabore
con la cal de mis huesos
el penetrante olor de las retamas...

Carta de Navidad

*a Delfina Paredes, en la isla Floreana,
archipiélago de las Galápagos.*

No esté triste, pequeña, si no puedo volver.

Días y días de olas
están entre tu risa y mi amor;
entre mi corazón anegado de trigo,
maíz y golondrinas
y el tuyo prisionero de agua sin fin,
de espuma
y pájaros marinos.

Aquí el cielo es muy alto,
para que las montañas tengan cabida
y pueda el gavilán trazar
los lentísimos círculos en que fluye el silencio.
El agua canta y baja,
desnuda, entre las piedras,
como una procesión de risas;
las colinas son como un golpe de olas
que quedaron atónitas.

Si corres con el alma de puntillas;
si echas a volar los ojos tras el lento
bostezo de las nubes
o el verde temeroso de los sauces,
de pronto,
altas murallas de piedra
te circundan
y raíces te crecen en los pies;
tu cabeza se llena de murmullos,

como un árbol.
Si palpas la corteza del nogal;
si en tu palma relumbra la centella de la espiga,
la sonrisa del pétalo,
la lágrima del fruto,
hojas te brotan de la sien,
y el viento,
los gorriones y el polen
se acogen a tu sombra.

La Navidad se acerca, Delfina,
y mi fantasma sube desde las aguas
y ronda por la orilla.
Hace una vida estuve contigo,
tú recuerdas:
juntos buscamos conchas,
vagamos por la playa
hallamos en las rocas una botella.
Tú me preguntaste:
¿es esta la Navidad?

Ahora la dorada marea del recuerdo
Cunde en mi corazón, y yo respondo:
Sí, esa es la Navidad:
un resplandor del alma,
una botella ilesa
traída por las olas,
un rastro en las arenas
que las aguas vacilan en borrar para siempre.

La Navidad ya llega, Delfina,
y sólo veo niños, igual que tú,
comprando la alegría,
mientras la lluvia pudre su pequeño esqueleto.

Porque aquí todo cuesta:
la flor, el pan, la risa.
Hay un amenazante manojo
de relámpagos,
una voz dura,
un ojo,
una cerca de alambre
entre tu mano ansiosa y el diminuto cielo
de la manzana,
entre tu pie y el prado de tréboles.
Sólo muerte y tristeza nos dan gratis;
En fin, Delfina, algo nos dejan...

¡Allá en la isla todo era tan simple y diferente!
Tu padre y yo salíamos,
con los primeros pájaros
a pescar.
Monte adentro,
íbamos a través del aroma
de las guayabas y limones,
como a través de espesos cortinajes.
Ninguna voz colérica diciendo:
esto me pertenece;
el pescado, la fruta, los rebaños son míos.
Nuestra ansia maduraba, en abril, las ciruelas
y nadie nos miraba con rencor
por ser pobres.

¿Vas a la escuela?
¿Cantas el Himno Nacional mientras cortas la leña
y cuidas gallinas?
Te enseñé que la patria no está en el mapa.
¡No!
Sino en la dulce huella que dejas en la arena;

en la espina que rasga tu blusa
cuando subes al naranjo o la acacia;
en todo cuanto adquieres con moneda
de sudor o alegría.

¡No estés triste, Pequeña, si no puedo volver!

La Navidad se acerca,
¡y estamos tan distantes!
Mas pienso en ti,
en Santiago,
tu dulce y triste hermano;
en los sitios en donde aún mi alma reluce.
A través de mi sangre,
miro llegar las olas y la espuma soltar
sus trenzas de blancura delirante.

Digo entonces:
donde pongas tu pie,
las cosas
han de hablarte de mí,
han de pedirte que no olvides mi nombre.
¡Duerme pequeña!
El mar y yo velamos desde ahora tu sueño...

**De *El mundo de las evidencias*
(1958 – 1970)**



Ulises y las sirenas

¿Hacia dónde navega,
Ulises, tu tirreme
con sus remos de sangre y velas de delirio?

¿Vas al centro de tu alma?
¿Buscas amor? ¿Certeza?
El viento de ti nace y hacia ti te conduce.

Navegando, viviendo,
el puerto que te espera
es tu rostro perdido el día en que zarpaste.

Fuera de ti no hay puerto.
Tu viaje es un retorno.
La espuma de la orilla sólo en ti se prosterna.

Tú no miras, Ulises.
Cuando miras, sorprendes
tu soledad volviendo a su propia constancia.

Formas vanas, reflejos:
olas, rocas, gaviotas.
Mundo es lo que te sobra y escapa por tus ojos.

¡Pon cera en tus oídos!
Las sirenas te llaman.
Fuera de ti no hay muelles, ni arena, ni evidencia.

Fanales insidiosos
—materia, sexo, tiempo—
apresuran tu nave contra las escolleras.

Mar adentro, alma adentro,
la gran fosforescencia
de tu conciencia engendra la luz del universo.

Cuando al mirar las nubes
veas que no son nubes,
sino tu alma que escapa, Ulises, ¡suelta el ancla!...

Advertencia

¡No te fíes del ojo!
El mundo no se extiende ante nuestra mirada.
Cuando vamos del ojo
al árbol o a la estrella,
en realidad,
no vemos:
recogemos fragmentos de nuestro ser,
migajas del propio extinguiamiento...

Destellos de una infancia solitaria

¿Dónde guardas el rostro, que nunca he conocido,
y del que solo quedan sus círculos de música?
Veo a mi madre erguida al borde de mi alma,
como álamo, temblando. Unas monjas recuerdo:
como amapolas secas, surgen entre la niebla...
El sol brilla en los sauces. Columbro una carreta
cargada de hojarasca. Al peso del arado,
crujían las oscuras costillas de la tierra...

Era un cuando sin cuando. Era un espejo, en donde
nunca inscribió el relámpago su helecho fulminante.
Días, años, en la ascua del espacio infinito,
viendo volver el mismo colibrí a los rosales.
El mismo río, idéntico fragor de terciopelos
del viento, enardecendo tejados y arboledas.
Un niño de ojos tristes eleva una cometa.
Y siempre son los mismos: cometa, niño y cielo.

¿En dónde confundiste, infancia, mis facciones,
el ser que nunca he sido y me remuerde siempre?
Empapada de sueño y de melancolía
mi imagen se adelanta y no la reconozco.

Con un muñón de estrella golpeo en el pasado.
Me responde un camino con flores amarillas,
un zumbido de moscas, un aroma de bueyes.
Hay una casa lóbrega y un hombre solitario.
“¡No tengas miedo, Hipólito! Dicen que ama a los niños.”

Pero mi rostro, infancia; el que labró mi sangre,
cuando el tiempo medía tan solo por distancias;
aquel que vacilaba al fondo de las charcas,
camino de la escuela, antes de que un cuchillo
de soledad separara mi corazón del mundo,
¿en qué insondable pliegue de la sangre me llora?
Mi abuela fuma y teje sentada en la terraza.
Alguien riega la tinta y mancha los cuadernos.
Toman mi desamparo como signo de culpa...

La soledad, ahora, me hace dos efraínes.
Su hostilidad comprendo. ¡Solo uno es verdadero!
El otro sustituye al que jamás he sido.
¿Ay diamante extraviado al iniciar el tránsito,
tus destellos persisten en torno a mi cadáver.
Un callejón recuerdo, con sombra y madre selvas.
Apoyado en el puente, miro las golondrinas.
El agua, entre las piedras, daba traspies de espuma.
Nubes y gavilanes duermen tras las colinas...

Entonces no existían la mirada ni el pájaro:
la paloma era el ojo que al alma regresaba.
¿Cuándo advertí que el mundo estaba al otro lado?
¿Cuándo noté que el árbol no me necesitaba?
¿Cuándo supe que mi ansia no hace brotar la hierba?
Mamá lloraba mucho si es que llegaba tarde.
La rueda del molino se ha cubierto de musgo.
Hago memoria. Caigo al fondo del olvido.
¿Soy yo quien allí sueña que he de soñar todo esto?

Identidad perdida, laberinto de espejos
donde mi faz su lámpara, sin cesar, repetía.
Igual que para el pez, absorto tras el vidrio
frío de la redoma, no había dentro o fuera.

Hoy en la duración contienden sangre y mundo.
Ahora instala el rayo su imperio fugitivo.
Todo se va y no vuelve. Nada es ya, todo fluye;
como flecha transcurre y se hunde en el crepúsculo...

Infancia, vieja amiga, devuélveme los ojos
que inventaron los pájaros y las constelaciones.
Devuélveme los nombres con que fundé el espacio,
las huellas de los pasos sin residuo de tiempo.
Devuélveme el canario y su jaula de alambre,
los bolsillos colmados de vidrios de colores.
¡Restitúyeme el rostro del ser que nunca he sido!...

Balada de la hija y las profundas evidencias

I

El gozo de la luz se hace manzana;
el sueño de la tierra, hierba trémula;
lo más lento del aire se hace nube;
lo más ágil del agua, pez o espuma.

Lo más áureo del sol prende la espiga,
lo más triste del cielo cae en lluvia;
lo más raudo del viento cuaja en pájaro,
lo más sueño del hombre, en canto, en hijo...

¡Oh sueño de mis sueños, Hija Amada,
alboroto de mi alma, flor surgida
entre tantos escombros de la sangre!
¡Pequeña uña rabiosa de la vida!

Me redimes del tiempo, luminosa
arteria del diamante o del lucero.
Antes de ti, el bosque, el prado, el río;
después, el corazón, de nuevo el bosque...

No hay antes ni después: solo este júbilo
detenido en tus ojos para siempre.
¿Qué pudo suceder antes de tu alma
o advenir después de tu sonrisa?

II

¡Cuánto tardaste, amor, en devolverme
la soledad gastada a manos llenas!

Monedas de pasión nunca extraviadas,
en mi canto tornáis, multiplicadas.

¿En dónde está la espina de mi infancia,
la luz de junio sobre los nogales,
el ardor del torrente, la oxidada
cimbra que en la humedad tensan las ranas?

¿En dónde están mi corazón cansado
de tanto amar a los desposeídos,
las grandes pausas de abandono y muerte
frente al total silencio de los astros?

¿Qué se hicieron los días en que el vino
fundó la realidad con los fantasmas,
la ola de redención de la belleza
que rescató los despojos de los sueños?

¿Qué se hizo la mar, su piel violenta
la agitación del ser cumpliendo, insomne?
¿Qué fue de la conciencia empecinada
en oponerse al mundo, que es su imagen?

III

El ser retorna al ser. Nada se pierde.
Lo más leve del fuego esplende en llama.
Lo más denso del rayo nutre el trueno;
lo más puro del alma, el polvo, el tiempo...

Lo más frágil del alba quiebra en trino;
lo más pobre del pobre, en la ternura.
Lo más blando del ave adensa el nido.
Lo profundo del hombre se hace canto...

En dar brillo y aroma a los rosales
gasté muchas sandalias y veranos;
en otorgar murmullo a los arroyos,
rumor del corazón, flema del alma.

Todo iniciaba en mí su resonancia.
Cobrando oscuridad, como la noche
para el hilván de las constelaciones,
se apagaba mi ser, y el mundo ardía...

Nada es gratuito, si algo es verdadero.
No cuestan solo el pan y las camisas:
más caro es el balido del cordero,
de nuevo, luz del alba en la ventana...

IV

En mí fue dispersión, Niña Preciosa,
lo que tu sangre aquieta y eslabona:
la redondez del fruto no recuerda
la oscura agitación de las raíces...

Desde mis arboledas, como un himno,
el rumor de tus venas se expandía.
Mi alma soñaba a tu alma, como el viento
su nudo de palomas desatado.

Eres yo y más que yo: eres la espuma
que torna a la inconstancia de la ola;
el desmoronamiento del aroma,
devuelto a la cantera de la rosa.

Eres yo y más que yo: en ti regresa
el bosque a ser puñado de semillas;

retornan las madejas de las nubes
al susurrante asombro de las aguas.

Te prolongo hacia ayer; tú me proyectas,
con la avidez del ala, hacia el futuro;
agotas tú mi ser y lo desbordas
en el presente puro de tus ojos...

V

¡Porque nada se gasta sin motivo!
Lo más dulce del trébol se hace abeja;
lo más terso del tacto, piel amada;
lo más arduo del alma, pensamiento.

Lo voluble del nardo huye en aroma;
lo tenaz de los huesos pacta en lágrimas;
lo más fresco del árbol se hace sombra;
lo ávido de la conciencia, el universo...

Quebrantos y alegría, anhelos, júbilo,
vuelven al corazón donde partieron.
Pero si alguien soñó o amó en la vida
los confines del mundo ha dilatado.

Ya no es el mundo el mismo, su armonía
con recientes acordes ha acrecido.
Si vuelve la cometa, es diferente:
torna empapada del rumor del cielo.

¡Oh esencia extraña del cundir humano:
vida que solo es vida si es más vida!
¡Oh pura agilidad siempre en peligro,
efímera extensión, sombra del tiempo! ...

VI

En hermosura y música regresa
tu imagen bienamada hasta mi pecho
de varón solitario, corroído
por el viento nocturno de la muerte.

Con sombra de paloma hice tu frente,
con peso de jazmín, tus leves manos.
El espectro del ciervo yo he creado
para que fulgurara en tus cabellos.

La oveja me devuelve la dulzura
con que aureolé su paz, para tus ojos.
Para tu voz, el río me repone
su manojito de venas disgregadas ...

En ti rescato lo que di a la vida:
mi niñez aventada en las espinas;
mis años junto al mar, allá en las islas,
oyendo respirar, sordo, el planeta.

¡Hija mía, presagio de la dicha!,
no la felicidad, su anuncio solo,
la intensa exaltación que la antecede
y que, por no advenida, jamás cesa...

VII

Nada fue inútil mientras destellaba.
Lo absorto de la piedra engendra el musgo.
Lo inmóvil de la altura se hace nieve;
el perfil de la brisa, mariposa.

Lo terco del sonido irradia en eco;
la plétora del ser, en sensaciones;
lo más voraz del alma enarca el sexo;
lo vano del recuerdo se hace olvido...

De queresas de mosca estamos hechos,
de obstinada pasión irremediable.
No venimos, no vamos, aquí estamos;
mientras anima el fuego, fulguramos...

Solo el amor nos salva y justifica
la indolente crueldad de la existencia.
Solo el amor y el canto nos reintegran
lo que dimos al mundo, dilatándolo.

¡Hija amada, burbuja de alegría!,
todo converge en ti y, acrecentado,
en tierra, en cielo, en aire, en mar, en fuego,
reposa en ti, salvado para siempre...

Amarga condición

El mar está ahí.
El agua de por sí es evidente:
elástica y compacta,
se deja estar, indiferente, en su volumen.
El caballo está ahí.

¡Indeleble presencia!
Tiembla el bosque en sus ojos,
cuando huele a la yegua...

¿Qué sucede contigo?
Solo menguas en vez de acrecentarte,
como un río,
cuyo caudal exiguo,
lo hará languidecer en las arenas.

Crees fijar la espléndida
diadema de los astros
y ya es otro quien se obstina en la imagen:
el que, si es, no es el mismo,
el que al brillar se extingue
para recomenzarse...

Mano en el agua

Una mano en el agua.

¿Mano en el agua?

¡Sí!,

¡a lo mejor!,

¡tal vez!

O sin quizá:

una alarmada fluencia de pétalos y párpados,

una confusa protesta de cabelleras

en torno a un sable exasperado;

una perforación por donde el tiempo escapa

en flujo de incesante turbulencia.

En el empecinamiento de ascuas de la duración,

la sangre, inútilmente, atesora amapolas,

¡ay!, porque sentir es consumirse;

en tanto el agua fluye,

y sigue,

y se afianza,

abandonada a la pura extensión,

en su inalterable vigilia de esmeraldas.

Alguien reluce y es, porque deja de ser;

alguien se concentra y obstina

mientras más se disipa;

en tanto la urdimbre veloz y transparente del agua

acumula identidad

e impone, con frío sosiego de zafiro,

la inagotable terquedad de la presencia.

Condición irrevocable la de este muñón
mordido por el perezamiento,
la de este peso ciego de candelabro
sumergido en las corolas
del movimiento y la constancia.
Pues si la mano instaura
la nervadura candescente del relámpago
entre el hervor de alas del agua,
hay, de inmediato, un tenue crujido de cenizas,
un óxido que instala sombra y degradación
sobre la frente tersa del metal altanero.

¿Mano de agua?

¡No!

Solo un orificio sin fin
por donde escapa a borbotones el ahora;
la llaga viva de la conciencia;
la mengua, que no se detiene hasta la aniquilación,
entre las raudas láminas de transparencia.

Perpetuum mobile

No inmóvil, derramándote
con indolencia opaca,
forma y sonido exhalas, colmena de tinieblas.

¡Criatura de lumbre!,
ayer no más fundías
relámpagos y espuma de arrebató en tu sangre.

Ayer no más fluías
río de pie, puro ímpetu;
brillo de espada o fauce, planeta de ufanía...

Peso de bosque, ahora,
oprime tu cintura
y la sombra madruga en tu piel para siempre.

Ahora martiriza
la humedad tus cabellos
y el silencio te excava profundas galerías.

Extraviada en ti misma,
te nutres del vacío
¡espejo que succiona soledad a otro espejo!...

Pero la vida avanza
y asume bajo tierra
despliegues imprevistos y extrañas melodías.

Como un viento difícil
o fatiga de párpado
que se resiste al sueño, reinicias el murmullo.

¡Murmullo de simientes,
vapores y raíces!
El tiempo, como un perro, se acuesta a tu costado

No fija, dilatándote
en esplendor sombrío,
reiteras el perenne furor de las semillas.

Lo que cayó en la tierra
en sombra se disgrega;
pero en la dispersión se acrecienta la vida.

Voluta de humo, apenas,
se exhala la conciencia;
más sigue la terrible pasión de la materia.

Rebaño sin pastor,
la actividad se ensaña
disolviendo el perfil de luna de tu vientre.

Ronco licor de luto,
sustancias empapadas
de crueldad dilapidan tu estupor de azucena.

Empero el movimiento
huye la confusión:
¡todo impulso reclama el fulgor de las formas!...

Picotearán mañana
tu corazón los pájaros
y encenderá sus lámparas el trigo en tus pestañas.

No hay en el mundo sitio
para la muerte, cumple
los nuevos e imperiosos mandatos de la tierra.

formas que asume el vértigo
para reconocerse.)
Aquí fue la batalla
y la derrota.
(La transfiguración,
no la victoria,
permite solo el tiempo.)
¡Ah palacio invadido
por las vegetaciones del fuego
y del tormento!

Aquí estuvo tu cuerpo,
como sobre un bloque de sal
un látigo dormido de diamantes.
Tu cuerpo que desata los oleajes
e invoca las potencias
del huracán
y del sismo.

Tu cuerpo en el que afila
el halcón
el dardo de sus ojos.

Devastación
y flores
llovió aquí.
Crujió este lecho al peso de los cuerpos
como un inmenso escarabajo pisoteado;
como las raíces de un pino
que se suicidara
dando un súbito salto;
como el eje del mundo.

Al pie,
despojo triste del océano,
tus prendas interiores,
como un puñado de mariposas abatidas...

Este es un lecho.

Miro este espacio inerte,
y sé que hubo un instante
en que nos demoramos,
en que nos devoramos,
pero sin consumirnos...

Añoranza y acto de amor

(1971)



I

¡Todo es aniquilación incesante,
resentimiento agresivo entre el alma y el mundo,
eres y no serás, porque no hay salida de las profundas
galerías de la materia!

Braceamos desesperadamente
contra el ímpetu corrosivo de los minutos;
negamos que la poderosa indolencia de la naturaleza
no es sino la huella indescifrable
del frenesí expansivo de la conciencia.

No somos ni estamos, únicamente soñamos:
¡vano arrebatado de plumas
que se resisten a hacer en el océano!
Sólo en ti, ¡vida mía!,

¡ingrata mía!,

sangre y mundo confunden su terquedad en melodía.

En tus laberintos de avidez y fuego

se resuelven las contradicciones:

la cornamenta sombría de la fatalidad se pudre bajo las rosas
y el hombre reconoce en la tortura su cuota de paraíso...

(amasada con relámpagos y piedras preciosas tu desnudez

desnudez de espejo suspendido en el vacío

veta de pórvido alucinada por la luna

desnudez mudez de centella prisionera en un bloque de hielo

tozudez reverberante de la espada o el pensamiento

desnudez

mudez

tozudez de tu cuerpo

indómito tizón de estrella

lecho de hogueras del crepúsculo

resplandor de hacha en el suelo del bosque

gema tallada por el delirio del verano

manantial donde por fin sacia su furor la fantasía)

Me faltas tú,
y soy como una campanada enterrada,
una sombrilla abandonada sobre una tumba
o las arenas olvidadas por el viento...

II

Recuerdo las rencorosas maquinaciones frente al espejo,
el río de nitidez en que sumergía dientes y axilas
para el rito de navegación en tu carne.

Entrelazados con delicada ferocidad
hicimos el amor

en tantas posiciones inverosímiles

(era la brasa del exterminio del beso

el rugido de las piedras en los desfiladeros del instinto

el sonido demente del hormiguero pisoteado

lava de medusas de la excitación

cauteloso y temible avance de la anaconda

la tensión insostenible del mástil en el huracán

falo filo de fuego

pene pino de fuego

el minuto terrible en que se concentra

toda la locura de los manicomios

para el salto al infinito

alguien solloza

¿tú o yo?

mi tu gemido nuestro)

En oficinas desamparadas,
de pie, como dos flechas de curso paralelo;
sobre la hojarasca del bosque,
con tus muslos enhiestos
como candelabro en la tempestad
ciñéndome los riñones;

por las noches, en lechos de hotel,
lo mismo que en navíos a toda vela;
en automóviles, sillas e inodoros
invocamos la fulguración de diamantes del éxtasis,
la plenitud y el ritmo de la rotación de los planetas.

III

Volví de golpearme el corazón en las certezas,
cuando me vine a dar de alma y genitales
contra tu cuerpo, que es el sentido del sentido,
el punto de incidencia en que la duración
reabsorbe su sombra, y permanece.

(sustancia de pétalos

y sueño de cristales

acumuló la perfección en tus senos

senos cimas del gozo

arrecifes donde se enardece la espuma del deliquio

pequeños como cruces de los humildes en los cementerios

suaves como la piel de los gatos siameses

sensibles como la balanza de precisión

majestuoso despliegue de cola de pavo real en las caderas

recorta la cintura el perfil intrépido del surtidor

el perfil de columna

el álamo

y el relámpago

el diminuto remolino del dulzura del ombligo

el trasero magnífico

como las cúpulas en donde anida la soberbia

tu sexo de cráter de volcán

de fondo sin fondo del vértigo

sexoacceso

sexobseso

sexoexceso

*grieta de la eternidad o cicatriz del rayo
tu sexo fascinante y voraz como las anémonas marinas
tu sexo que huele a madriguera de leopardo)*
Extraviado, como el girasol en la noche,
venía de renunciar a las interrogaciones,
empapados los huesos en el deterioro de la especie.
En la corriente vertiginosa de tu desnudez
comprendí la dialéctica del tiempo:
nos redimimos de la fatalidad de las cenizas,
no evadiéndonos de la corrosión del movimiento,
sino acelerando la velocidad...

IV

La intemperie fue mi patria,
me alimentaron las espinas de la desesperación,
hice del riesgo la flecha de mi destino.
Pero mi ojo extravió la tensión
con que el ardor de la conciencia se exhala en árbol
o prende los vitrales de las constelaciones.
Y como ninguna ave cantaba en mis follajes,
armé tienda a la sobra de mi esqueleto
en espera de los antiguos días de deslumbramiento.
(ah el iracundo festín de uñas

y labios

*la segura torpeza con que se invocan los cuerpos
recorren los dedos la línea de meteoros de tu piel
como quien verifica los contornos del universo
islas de mariposas*

llanuras de alabastro

*teclado de fogatas de la fiebre
meto la mano entre tus piernas
y como por control remoto se te cierran los párpados
altivo cuello de cisne de mi sexo
que aprietas hasta la agonía*

mi sexo antena

mástil

o pararrayos de la especie

*arrodillado saboreo la acidez germinal de tu gruta
gruta*

grata

grieta

grita delicias

con interminable lengua de oso hormiguero)

Regresaba de renegar de la espuma estéril
de las preguntas por la esencia,
con el alma rezumando alquitrán de exterminio.
Porque sólo el sobresalto
y la espada que pende sobre el corazón
despiertan el rumor de las semillas.
Sólo en tierras abonadas por la desesperanza
la vida pone a dorar sus apretados racimos.

V

¿En dónde está tu piel arrebatada en hoguera,
dentro de la cual dormía el tiempo,
desvalido, como un niño?
La televisión, los supermercados,
los pagarés vencidos,
la insolente vaciedad de los gritos en los estadios
sepultaron mi corazón bajo polvo de herrumbre.
*(pero el rayo agazapado en las sienes
pero tu vulva tapizada de flores y llamas
y entrar salir de ti*

entrar salir de ti

entrarsaliendoenti

salirentrandoenti

jadeando

*echando por los poros toda la soledad y la pesadumbre
sudando todo el desencanto y la fragilidad
gimiendo de ebriedad en el vértice de la existencia
entrasaliendoenti*

salirentrandoenti

*el incesante empuje de la barrena
buscando petróleo en las profundidades
y la explosión púrpura del espasmo
la explosión infinita*

y dolorosamente púrpura

*que avienta nuestros despojos en tierras de melancolía
lo fugaz es la única forma de perpetuidad
alguien solloza*

¿tú o yo?

en la punta del relámpago)

¡Vida mía,

ingrata mía!

Si tú volvieras, qué de vientos no barrerían
la hojarasca y la extinción acumuladas por el otoño.
Como tortugas en tiempo de apareamiento,
una sobre otra, día y día a la deriva,
así flotaríamos sobre las aguas deslumbrantes del delirio.
Mundo y conciencia
dejarían, entonces, de enfrentarse con puñales,
y el canto exaltaría la reconciliación
en el aire conmovido de sus florestas...

El almuerzo del solitario

(1974)



maniatado en el torrente de la duración
así te quise ver
viejo y roñoso amigo efraín
piedra confundida
entre el estruendo de piedras de la desesperación

tanta presunción de follajes ya envilecidos
por la dorada lepra del otoño
tanto tremor

temblor

fragor

tantos remolinos de frustraciones y sueños
tanto ir y venir de la conciencia al mundo
y al fin quedarse extraviado
en el dédalo de espejos de las palabras
¿hay algo más que roer el hueso del tiempo
bajo el silencio de las estrellas?
y si esto es todo

como en verdad es todo

¡salud deslumbramiento enceguecedor del instante!
¡salud rastro del meteoro!
¡salud rostro curtido por los rigores del relámpago!
no de hojas arrebatadas por la tempestad
sino de fría y obstinada pasión de usurero
por metales preciosos
están hechos el destino y la poesía
5rojodelfrenesí

12negrodelasolead

asdebrillosdelsexo

dadoscargadosdelamuerte

hay el azar

y no hay el azar

porque es menester haber peregrinado muchos años
por las arenas del esplendor
para que nuestros pasos se anticipen a lo imprevisible
como el impulso del gavilán al ímpetu del viento
ah desdichado y conmovedor animal
orinado por la necesidad y la costumbre
abandonado a la erranza de tímpano de la indolencia
al otro lado del otro lado del tiempo
repitiéndote

repitiéndote

y repitiéndote

como un mecanismo estropeado
como un impecable afanarse de hormigas
la fatalidad que te sorprende siempre dormido
la palma colmada de rosas del amor
que ya no reconoces
la subterránea corriente de truenos de la especie
el hocico húmedo

torpemente certero

y feroz de los apetitos
la piedra reverberante y sin peso del hambre
el estómago como cuero de res templado entre estacas
¡el almuerzo

señores

el aaalmmmuueerrzzzoool!

siniestramente hermoso es

e indómito

quien puso a blanquear sus huesos
bajo el deslumbramiento de cuchillos de la intemperie
quien por nada tener

todo lo acepta reconocido

todo lo pone a incandescer junto a su corazón
y todo exalta

y desborda

pero al peso dorado de fruto de la plenitud

sólo llegamos por la renuncia
como a la cantera de rayos de la pureza
por lo augusto de la desnudez

olor a trapos fermentados por la rutina
¡nunca más!

trampa de los deberes conyugales
¡ya no más!

pantano de los honores y genuflexiones
¡jamás!

aniversarios melancólicamente ruidosos
sábados devorados por la infección de las visitas
llaveros engordados hasta la obesidad
y uno cada vez más próspero
y desamparado

más compre un congelador
y lleve gratis una batidora
sombriamente cada vez menos futuro y más pasado
los honorables padres de la patria
padres

podres
pudrepatrias
asumen el poder en nombre de la democracia
la historia se limpia con el infeliz de nixon
¡si estas vacaciones pudiera ir al mar!
ah poderosa hedentina a eyaculación
de las playas en la madrugada
ah delirante vocabulario de azucenas de la espuma
el jueves toca cena donde los fernández
no te olvides de tomar la píldora anticonceptiva

en el aire radicante de la soledad
adquieren los pensamientos la nitidez de las espadas
o de las osamentas de los caballos en el desierto

lágrimas de silenciosa resignación del aceite
deleite

aceite

afeite del apetito

como si se tronchara un árbol de trinos
crepita la dorada galaxia del sofrito
zumbido de abejas

trueno de berilios

crujir de cardos secos en las sienas del fuego
¡aromas y sonidos de la vida!
cada sensación nos instala en una nueva ola
cada ráfaga de olor niega la muerte
cada latido es un encuentro y una despedida
presente implacable

presente y ausente

presente ya ausente

la pisada del meteoro del presente
por su propia condición de instantaneidad
sólo es eco

o nostalgia

en realidad nada es

nada está

todo se hace y deshace

¿cuándo fuimos señalados por el dedo de la impaciencia?

¿cuándo nosotros

los fugaces

con el alma chorreando confusión y oscuridad
nos decidimos por la intrépida ocupación
de pulidores diamantes?
ah remolino de formas
desencadenado por un alfarero demente
ah peldaños resbaladizos

y pérfidos del desvarío

pero el alarido desesperado de la perduración

pero la gran voluntad de espejo de las imágenes

el deslumbrante imperio de soles de la belleza
no se es

se llega a ser el solitario

la obstinación de la lente que concentra la luz

la polea que gira delirante sobre sí misma

el astro suspendido

a pura fulguración en el vacío

en la penumbra de enredaderas

del vientre de la madre

fuiamos macerados por la soledad

y la incertidumbre

y desde entonces

siempre blandiendo la espada como la dispersión

siempre modelándonos como una ánfora preciosa

siempre vigilando nuestra pequeña ración de adversidad

el olor a animal sudado de la perseverancia

¡ah infancia

floresta nunca hollada

por la pata de elefante del tiempo!

sólo entonces

en el entoncessinentonces

en el sueño de cordero entre las flores de la inocencia

inocencia

indolencia

sin dolencia

de la conciencia

la pura ingravidez del ser

la frase nunca acabada del mar

el ala que se desplaza sin agitar el aire

el ojo que se contempla sin devorar el mundo

loor a la médula de los huesos de la vaca

a las túnicas de jade de la col

a los oscuros sabañones de las papas

bienvenidos puerros vermiformes
suculento amargor de los nabos
tiernas estalactitas de las zanahorias
¡sopa de verdura del desolado!
pegaso cálido que lo transporta
a la torre más alta del arrobamiento
pague a tiempo sus impuestos con un 10% de descuento
francisco franco agoniza durante 34 días
-¡parece que los gusanos se han declarado en huelga!-
el equipo de fútbol local puntea el campeonato
hay que crear una sobretasa sobre el agua potable
para dotar de preservativos a los arcángeles
¡a la mierda!

caprinos

caprunos

cabrones

todavía mi yo es mi yo
polen aventado en las florestas
rastros desasosegante del cometa
garra desaprensiva del milano
estruendo de astros en la garganta del volcán
piedra que anima la corola de círculos de agua
todavía mi yo es mi yo
y no ceniza estéril esparcida
en el asfalto de la tercera persona del plural

bullelaguaenlaolla

bulladetallosdeagua

esta hambre

estambre de fuego del hambre

enjambre de mariposas del hambre

lunares de leopardos de la grasa flotan sobre la sopa

es la hora de las ramitas de apio

la hora de los rizos de perejil

de compruébese la sal y rectifíquese
–los solitarios son tremendamente apegados
a la ortodoxia inútil de las recetas–
en realidad no se es

se llega ser el solitario
la bandera ensimismada en su tempestad de palomas
la majestad arisca del velamen del albatros
el harpa caída en el ojo de estupor del huracán
porque alguien ha de alimentarse de espinas
para labrar las pestañas de la rosa
alguien ha de aceptar los terrores de la aniquilación
para que el instante no se desvanezca
como en el regazo de las tinieblas
la espada lamida por el relámpago
o el salto del pez entre en tumulto de las olas

y ahora la inmaculada escarcha del arroz
del orden febricitante
de la cámara de larvas del termitero
los dientecillos de leche del arroz
su nitidez de lágrimas de perdiz
la nieve sobre la que se enardece como un sol
el huevo frito
el prodigio de la carne en la sartén
asediada por las constelaciones del aceite

fui el animal
gremial
social
oficial
el ciudadano tranquilo
en la impersonalidad de sus pantuflas
pero detrás de esta facciones
de indio melancólico y cortés

Declaración de amor

(1974)



I

tantos días a la deriva en el vértigo
tantos años acurrucado en la axila del desamparo
tanto no más tanto sin más en las fauces del tiempo
de tanto

tanto

tiento

un relámpago

un ascua

una palabra en llamas
una palabra que emerja entre las grietas del corazón
con el hocico embarrado de lava
una palabra certera y arisca como vuelo de gavián
una palabra como colisión de meteoros
chorro de llagas y rayos
garra sulfúrica del sismo
tempestad de mariposas y semillas
sienes devoradas por las vegetaciones de la fiebre
fulgor de vísceras del diamante
primer menstruado de niña
rumor apasionado del follaje de la vida
una palabra que cante

no que encante

¡más yacen podridas las venas trémulas de los vocablos!
muñones carbonizados
montículos inertes de carcinoma
coágulos de indiferencia
conmovedores cascos de barcos humillados por la herrumbre
dentaduras postizas de difuntos
rimeros de platos sucios de las cocinas de hotel
manchas de amor en las sábanas
palabras

peladabras
sinlabras
nadabras
putabras

criaturas degradadas
estirpes de la torpeza y la frustración
cormoranes impedidos de la altivez del vuelo
¡no hay más alternativa!
juntadespojos siempre has sido

fumacolillas

devoradeterioros
pero si las palabras anduvieran pintarrajeadas como rameras
si se prostituyeron en cátedras y en mercados
si se secaron como simientes abrasadas por el silencio
trasmátalas

trasmútalas

trasmítelas

forja con su óxido el collar de centellas del discurso
redímelas de su estupor
que nuevamente se escuche la trepidación del delirio
la turbación de alas del sinsentido del sentido
siembra amígdalas y brotarán gladiolos
pulsas para y sonarán las arpas
que se enardecen las constelaciones
cuando digas YO TE AMO

II

te amo con lo que hay en mí de falible y perdurable
resonantes florestas de la sangre
deslumbrante humedad de antorchas y mucosas de la pasión
cataratas congeladas del olvido
brillo sombrío de lentejuelas de la muerte
te amo con el vaivén submarino de algas de las venas
y el deslizamiento de niebla del alma

con pelos dientes uñas
con soledad
 sol solo
 sol edad
 solo edad
 sin piedad

animal mordido por el perecimiento
archipiélago de instantes
puntos suspensivos en el vacío
billete con el gran premio de la lotería
en el bolsillo del agonizante
palabras
 sueños
 certezas
 dislates
alguien suspira por un televisor a colores
un congelador
 o una sartén eléctrica
alguien se angustia por el alquiler vencido
o el precio del aceite y la harina
un perro persigue en la plaza la sombra de una golondrina
titulares en rojo con la paz en oriente
estudiante de turno asesinado por la dictadura de turno
alguien se instala en el arcoíris de las drogas
en el centelleo de gemas enloquecidas del poema
escucha el paso de los días en el fondo del alma
se abandona
 se obstina
 se reproduce
 cae
huracán dolorido de la perseverancia
potestades del terror y el delirio
poderoso olor a muladar de la vida
YO TE AMO

me abrazo a ti como al eje del mundo
te amo con la fascinación carnicera del tiempo
con la indiferencia despiadada del espacio
te amo con la inteligencia y la pleura

III

obstinación implacable de la conciencia
río de campanadas y brasas
contingencias
 evidencias
 fosforescencias
precario puente de rayos entre el no ser y el mundo
si algo permaneciera
si algo reposara en sí como la presunta
impasibilidad de espejo de dios
ah motor inmóvil
motor desvencijado del pobre viejo Aristóteles
todo fuga del ser como de una llamarada
como de un gato que juega con una granada
todo desagua en la sombra como en un gran embudo
te amo luego existo
 me amas luego existes
aunque no existieras te amaría
a la madrugada
 en la estación de gasolina
unos adolescentes rasgan la guitarra y se masturban
la debilidad por la gomina y el tango
decide en argentina la elección de una cupletista
para presidente de la república
quien desea adquirir un kilo de carne
precisa salario de futbolista o militar
desvanecernos es la manera más apasionada de sentirnos
turbación de cabelleras del agua
ramajes enardecidos del fuego

forcejeo de mariposas del viento
cuerpos ánforas vivas de gracia y perecimiento
formas vertiginosas
 parpadeos de la duración
hay el azahar
 nunca el azar
eres la que por nunca estar estuvo siempre
la ansiada
 la esperada
la huecodelcorazón
 pilardelpensamiento
aunque no hubieras existido te amaría
te añoraría como a la leona
el último león que vagara sobre la tierra
te amaría con la nostalgia
del ciego de nacimiento por los colores
te amaría lo mismo
que al rostro jamás alterado de la perfección
o a una ventana que diera al otro lado del tiempo

IV

eres bella como una garza posada en una pata
al tope de una antena de radio
como un viento que se cargó de fuego y soledad en el desierto
como el vaso con una rosa en la sala de computadoras
como un concierto para piano y ruiseñor
a procesolo vuelo de albatros
a jazz
 torbellino de redes empapadas y centellas
a rugido de motor de coche deportivo te comparo
amor mío
 amiga mía
 esposa mía
 amante mía

tus cabellos sueño de bosque
tu frente sombra de cimitarra
tus labios pedernales del éxtasis
tus dientes que brillan como instrumental quirúrgico
tus hombros por donde asciende la aurora
tus senos que esculpen el salto de la corza
tu cintura cable de alta tensión
tus muslos constelados por las fulguraciones de lo imprevisto
tu sexo nudo del trino

y nido del trueno

desenvaina el crepúsculo su aflanje sangrante
fiebre del petróleo
apetito de pelícano de la inflación
solo los terratenientes confían en la reforma agraria
se retiran los judíos de la península de sinai
reverberación de topacios del tráfico nocturno
sosegada penumbra de útero de los cinematógrafos
encarnamos el ser desencarnándonos en la celeridad
taciturna avidez de la perduración
voracidad

veracidad

velocidad

el movimiento es la afirmación de la negación
pudiste ser aeromoza de línea internacional
secretaria de información de una gran empresa
modelo de alta costura
sin embargo preferiste quedarte
de maestra de jardín de infantes
es decir de flor perdida entre las flores
amiga mía
eres hermosa como un póker de ases
como un niño que cava la tumba de un pájaro
como una estructura de acero inoxidable
como un bar abierto a la madrugada
como el vuelo del halcón sobre un campo de trigo

V

oigo el afanoso menester de mis venas
a través del oleaje de tu sangre
igual que un eco

me veo desde tus ojos
como a un amigo largo tiempo olvidado
palpo la tersura de tus flancos de campana
y mi soledad se cierra en círculo de música
poniéndote contra mi corazón me reconozco
¿es esto el amor?

¿el clamor?

¿el ardor?

relámpago que se muerde la cola
en una vacilación de lo irrevocable
galería de espejos de la identidad
todo conocimiento es reconocimiento
vago entre los tallos flotantes de la música
me detengo frente a los escaparates
fumo / humo

leo / veo

converso / mireverso

explico lingüística en la universidad
acelero en las autopistas hasta el vértigo
despierto a medianoche
escucho tu respiración de semillas que titubean
de terciopelos que se deshilan en el tiempo
digo TE AMO

y no es eso

es eso pero no es eso

es eso porque no es eso
tal vez la confusa dispersión del desconcierto
tal vez un fulminante desarreglo de lo real
un viento para desparramarse como el vilano
un muro para trepar como una enredadera
una piedra para lamer como una rodilla

maldigo los escombros polvorientos del lenguaje
las palabras no dicen

las palabras se dicen

peces sin fulgor yertos en las arenas
bóvedas desplomadas
rostros desfigurados por el fuego
balanzas de precisión pervertidas por el óxido
orfandad silenciosa de colmenas
higueras que no dan flor
pero tú existes preciosa mía
mi boca y mi corazón chorrean constelaciones
enfermo del hígado y la adversidad YO TE AMO
noestoydondestoy

estoydondenoestoy

desde el exilio en ti vivo mi ausencia
te amo porque eres sencilla como una gaviota
que correteara por la balastrada de un puente
dulce como la pantera que lame al cachorro
hermosa y dolorida como la autobiografía de un poeta
te amo como el cóndor la desolación de los ventisqueros
como la pasión revolucionaria de los muchachos
la imagen del “che” guevara
o los heladeros ambulantes el día de sol
te amo con la melancolía
de los mineros por el horizonte marino
con la avidéz suicida del vuelo nupcial de las abejas
con la nitidez de órbita sideral de mi canto
te amo con mi alegría

y mi muerte

De *Oposiciones y contrastes*

(1975 – 1976)



Rastro de palabras

si labras las palabras
si tratas
 con trapos
 con tripas
 con tropos
si a la ostentación soberbia del collar renuncias
para extasiarte en el prodigio de la gema
¡ay! gema que gime resplandor
¡ay! destino solitario de tallador
ensimismado en la desnudez del diamante
di amante
 dimanante
 del diamante
di durar
 y oirás mudar
 oirverásudar
la conciencia en el epicentro de la nada
salpicadura de sangre en la indolencia del espejo
tensión de cuerda de arpa que estalla
 y destella
trunca o nunca la dura ración de duración
aguaje del lenguaje
discurso descoyuntado por el sismo
abrasado por la vertiginosidad del rayo
ya puro ¡ay! por tanto inútil estrujamiento
canibalismo de las palabras
versión de la subversión de los eslabones
tímpanos
 témpanos
 tiempo más

tarea de feroz ralea
fuego a la ruego de la sinrazón
no orfandad

 oquedad deslumbrante de la acústica
olvido del sentido en el festín del sonido
¿alineamiento?

 ¿alienamiento?
una muchacha encinta de su padrastro
se rocía de gasolina y prende fuego
el hombre arriba a la luna
pero no puede llegar al corazón de otro hombre
escarban los niños en el basurero
mientras el comerciante
engorda a su perdiguero con alimento enlatado
¿esto sí tiene sentido verdad?
¡carinocentes!

 ¡carinconcientes!

 ¡carivergas!

el desventurado cultiva lotos en sus lacrimales
ombliigo sangrante del clarinete
estampida de elefantes en la cólera de los timbales
arden los candelabros en las caderas de las adolescentes
cada era

 una cadera

 una cadena

 una cantera

tiempo de los signos emancipados
lenguaje defoliado por los ácidos del delirio
de espaldas al paisaje del otro lado del espejo
por impotencia e indignación
palabras enardecidas por el cáncer
escorpiones dentro del círculo de fuego
todavía discurso

 no recurso

(no significar para dignificar
¡extraña dialéctica de la desesperación!)
urden

 arden las palabras
 en el orden de la poesía
como los meteoros cuando penetran en la atmósfera
hay sentido en el extravío del sentido
como hay vida en la fascinación por la muerte
respiran todavía los vocablos
por los costillares desollados
viene nieve

 amor mora

 tapo

 apto

 pato

palabras en libertad
puñado de gemas enloquecidas
brillantes desnudados por la negrura del terciopelo
rebelión de las cortezas contra las pulpas podridas
de las flechas contra la fatalidad del blanco
pero incluso devoradas por el torbellino de azar
la melodía de su designio no se extingue
hasta pisoteadas brotan pájarosastros
aportan sollozosrastros
abortan constelaciones y relámpagos.

Alternancias con sibilantes

su sexo
 lo excelso
el suceso
 no su seso
su seno
 no su cena
no a su cena
 a la azucena
su azusexo
 era mi exceso

Tres designios en intensidades agudas

su pasión
su posición
(¿suposición?)
mi posesión
su pasión
su presión
su precisión
mi supresión
su pasión
su misión
sin remisión
mi sumisión

Oposiciones fonológicas

posa

 pesa

 pisa

 pasa

¡qué poco te exige la vida!

Círculo fatal

del fuerte es la suerte
la suerte del fuerte
la muerte es la suerte
la muerte del fuerte
la muerte muerde
muerde la muerte
muerde la suerte
la suerte muerde
fuerte muerde la muerte
la muerte muerde la suerte
la muerte muerde fuerte
suerte es la muerte del fuerte
la suerte de la muerte del fuerte
la muerte es la suerte del fuerte
la muerte de la suerte del fuerte
la muerte muerde la suerte del fuerte
la muerte del fuerte muerde la suerte
suerte de la muerte
muerte de la suerte
¡coño!
y no hay etcétera
no hay etcétera

Morfemas del plural

el plural de girasol
podría ser

girasolos
girasolios
girasuelos
giracelos
giracielos
giranciegos
girasoles

por qué no?
el más hermoso
y disparatado
sueño del hombre
es el lenguaje

Componentes inmediatos

te adoro
 te demoro
te debo oro
 te devoro
¡tea de oro!
té
 hada
 oro
¡te adoro!

Escamoteo

pero
 cayendo a la médula
¿qué sucede con las palabras
que andan con máscara y coturnos?
¿qué sida o lepra las consume
que se muestran así de vergonzantes?
país brutalmente arrollado
ahora es país subdesarrollado
el incapaz
 se llama minusválido
el homosexual
frágil del ano
el político venal
 hombre eminente
el ciego
 no vidente
el retardado mental
 televidente
lo único evidente
 lo inminente
es romperles el culo a las palabras.

Sollozo por Pedro Jara
(Estructuras para una elegía)
(1977)



Propósitos e instrucciones para la lectura

1. Propósitos

Si consideramos una estructura como una red de relaciones, en que los elementos son solidarios entre sí, de suerte que el valor de cada uno de ellos depende de su oposición a los demás, “Sollozo por Pedro Jara” constituye una estructura rigurosa. El poema fue concebido como una estructura global de 363 segmentos versales, configurada por estructuras parciales: cinco series temáticas, cada una de las cuales presenta tres desarrollos. Cada serie, cada desarrollo, cada segmento manifiéstanse autárquicos y, sin embargo, una radical paradoja; una paradoja que posibilita la noción –también contradictoria en apariencia– de “estructura abierta”. En efecto, “estructura” y “clausura” devienen términos correlativos. Toda estructura está cerrada sobre sí misma, y nada la ilustra mejor que la imagen sobajada de la serpiente que se muerde la cola. Sin embargo, por aquello que los extremos se tocan, el extremado ensimismamiento de la estructura, genera la apertura y liberación del discurso poético hasta los límites mismos de la imprevisibilidad, en lo referente a su lectura.

Desde la perspectiva de la comunicación, el objetivo primordial de este poema consiste en redimir al lector de la subordinación resignada a la voluntad del autor, manifestada en la pasiva servidumbre al despliegue del texto. Si el lector pretende obtener una lectura coherente, debe observar inexorablemente la secuencia textual. Su condición, entonces, es igual a la del galeote, condenado a remar al compás del golpe isócrono del cómitre en el parche. En una época de nivelación democrática, como la nuestra, resulta imperioso borrar las diferencias entre autor y lector e invertir a éste de

la función de colaborador del poeta. De colaborador, no de “cómplice”; salvo que, en estos tormentosos tiempos de estupidez, la poesía implique un delito. Liberado el lector –y por liberado, dignificado– el poema hallará su forma actual (aquí y ahora) a través de la mediación de él, se “su lectura”, en la que el autor le ha delegado parte de sus aptitudes creadoras. ¿Cómo lograr este propósito? Convirtiendo el poema en el punto exacto de intersección de la sensibilidad y la inteligencia. En arte –y esto lo sabía muy bien Mallarmé– la única libertad permisible es la libertad para elegir un tipo determinado de organización de la obra. “Sollozo por Pedro Jara” ha sido estructurado, un poco a las maneras de las partituras de música serial integral, mediante cinco movimientos, cada uno de los cuales presenta tres desarrollos y un número variable, pero correlativo, de “células rítmicas” o segmentos (57, el I; 75, el II; 99, el III; 75, el IV; 57, el V). Se han tomado como modelos para la organización de la materia verbal, el “Estudio XI para piano” de Karlheinz Stockhausen y la “Tercera sonata” de Pierre Boulez, composiciones en las que su naturaleza aleatoria concede múltiples opciones de actualización del material sonoro, de acuerdo con la libre elección del intérprete. Y hasta aquí el parecido con la música. Porque una cosa es el tratamiento de la materia acústica y la combinación de sonidos, y otra, muy distinta, la estructuración de secuencias fónicas con significado, como son las palabras. Se ha aprovechado, pues, el principio de “movilidad controlada”, que permite la libre selección de una entre las múltiples interpretaciones posibles planteadas por el compositor (en nuestro caso, de lecturas posibles propuestas por el autor). “Movilidad controlada”, entiéndase bien, ya que el poema, si bien admite una posibilidad ilimitada de lecturas, presenta un carácter aleatorio restringido y, por lo mismo, no admite otras ni todas las lecturas. Aplicadas “las leyes del azar”, igual que en la música serial integral, en cada lectura elegida al aca-

so se obtiene un “nuevo” poema que, sin embargo, siempre es el “mismo”.

Cada “célula rítmica” evidénciase autónoma sintáctica y semánticamente. Para elaborar los segmentos versales se ha planteado previamente una “gramática”, según procedimientos de la gramática generativa. Establecidas las reglas de la “gramática”, se han generado las estructuras sintácticas, cuya correspondiente “proyección semántica” se ha obtenido, en buena parte, por un sistema de desencadenamiento automático, a la manera de la escritura surrealista. Para marcar mejor el carácter autónomo de los segmentos se han eliminado los nexos prepositivos y conjuntivos entre uno y otro. La condición autónoma de los segmentos y su similitud morfosintáctica los tornan intercambiables, facilitan las posibilidades combinatorias y acusan la naturaleza fundamentalmente aleatoria de la lectura. Si alguna vez, el contenido significativo desborda las fronteras del segmento, es porque forma un bloque expresivo unitario que encontrará estricta correspondencia paradigmática en los desarrollos posteriores, de modo que siempre se asegure la conmutación.

Ahora bien, el análisis de los componentes inmediatos de los segmentos, pondrá de manifiesto ciertas variantes en las estructuras sintácticas. En algunas oportunidades las ordenaciones sintagmáticas son idénticas, ya que se trata de “derivaciones equivalentes” (N. Chomsky, “Estructuras sintácticas”); por ejemplo:

		Sust.	+	Adjt.	+	Prep.+ Art.	+	Sust.
1.1	10	terquedad		relampagueante		de la		duración
1.2	10	orfandad		deslumbrante		del		espacio
1.3	10	oquedad		fulgurante		del		tiempo

en otras, las ordenaciones sintagmáticas son similares:

- 4.1 23 ¿eso de helada indolencia de témpano?
- 4.2 23 ¿eso de vana crispación de mano de náufrago?
- 4.3 23 ¿eso de melancolía de estandartes abatidos?

algunas veces, dichas ordenaciones apenas enseñan en su fisonomía un remoto parentesco estructural:

- 4.1 20 para velar el relámpago congelado en tus ojos
- 4.2 20 para devolverte a la inocencia delirante de la materia
- 4.3 20 antes de entregarte a la humedad y a la disposición

En todo caso, a partir de la “gramática” básica, se han introducido variantes en las derivaciones, con miras a evitar la conformación demasiado mecánica de los segmentos; lo que habría determinado la rigidez y monotonía de la estructura total y, lo que hubiera sido más grave, habría sofocado el impulso lírico. Variación sintagmática y correlación paradigmática: he aquí los principios ordenadores nucleares del poema.

“Sollozo por Pedro Jara” es, pues, producto de una exacerbada laboriosidad de hormiga; de una apasionada paciencia de artesano, dilatada a lo largo de más de un año de trabajo empeñoso, durante el cual se procuró dar configuración estética a un lacerante desgarrón vital. Ojalá estas “estructuras para una elegía” hayan orillado siquiera su cometido poético: aunar la sensibilidad y la inteligencia para consagrar el fugitivo y doloroso instante en el que el hombre toca los límites desasosegantes de la temporalidad. Y que el poema –como las partituras de la madurez de Olivier Messiaen, creador de la música serial integral y santo mayor de mi devoción– funde un universo delirante, cuya estructuración se ha conseguido mediante una rigurosa lucidez intelectual.

2. Instrucciones

A) *Lectura convencional.*- Para el lector inocente, como llama Dámaso Alonso al lector común, se impone la modalidad de lectura que llamaríamos tradicional o **convencional**: lectura en secuencia continua o lineal. Para este lector “Sollozo por Pedro Jara” constituirá un solo y vasto poema de 363 versos que ha de leerlos uno a continuación del otro hasta el final, de este modo:

I.-	1.1	1.2	1.3
II.-	2.1	2.2	2.3
III.-	3.1	3.2	3.3
IV.-	4.1	4.2	4.3
V.-	5.1	5.2	5.3

Un lector un poco más avisado y provisto de cultura musical, efectuará la misma lectura, pero identificándola con una forma musical clásico-romántica, compuesta de tema y variaciones.

B) *Lectura sintagmática.*- Si asimilamos cada uno de los desarrollos de las series temáticas a un solo y gran bloque sintagmático (1.1, 1.2, 1.3, 2.1, 2.2, 2.3, etc.), se propicia, entonces una enorme variedad de lecturas, cada una de las cuales originará un “nuevo” poema, que será siempre el “mismo”. Propongo algunas alternativas de lectura “horizontal” o sintagmática, comenzando por las más obvias:

Primer poema	1.1	2.1	3.1	4.1	5.1
Segundo poema	1.2	2.2	3.2	4.2	5.2
Tercer poema	1.3	2.3	3.3	4.3	5.3

Utilizando las innumerables posibilidades combinatorias de los grandes sintagmas o desarrollos, podrían inten-

tarse las siguientes lecturas:

Primer poema	1.3	2.2	3.1	4.2	5.3
Segundo poema	1.1	2.2	3.3	4.2	5.1
Tercer poema	1.2	2.1	3.2	4.2	5.1
Cuarto poema	1.3	2.2	3.3	4.2	5.3
Quinto poema	1.2	2.2	3.3	4.2	5.2 etc.

Naturalmente, por tratarse de una estructura aleatoria restringida, no cabrían lecturas como la siguiente, porque anularían la progresión temática:

1.1 1.2 3.3 5.1 5.2

C) *Lectura paradigmática.*- Empero con todas las lecturas anteriores, las posibilidades combinatorias no se agotan. El poema admite también, en sentido “vertical” o paradigmático, dos clases de lectura

a) *lectura paradigmática progresiva:*

1.1 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8
1.2 9, 10, 11, 12, 13, 14
1.3 15, 16, 17, 18, 19

b) *lectura paradigmática regresiva:*

1.3 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8
1.2 9, 10, 11, 12, 13, 14
1.1 15, 16, 17, 18, 19

La iniciativa del lector le permitirá tentar las lecturas más variadas, avanzando y retrocediendo, a voluntad, pero manteniendo, eso sí, la secuencia de los ordinales de 1 a 19, para la primera serie; de 1 a 25, para la segunda; de 1 a 33, para la tercera; de 1 a 25, para la cuarta; y de 1 a 19, para la

quinta. Quizá no sea redundante aclarar la lectura paradigmática sólo es practicable entre los segmentos de la misma serie, los únicos intercambiables por conmutables. He aquí un modelo de lectura muy sofisticado:

IV.-	4.3	1,	2,	3				
	4.1	4,	5,	6,	7,	8,	9	
	4.2	10,	11,	12,	13,	14,	15,	16
	4.3	17,	18,	19,	20			
	4.1	21						
	4.2	22						
	4.1	23,	24,	25				

¿Afán de complicar la lectura? ¿Virtuoso inconducente? ¡Nada de eso! Manumitido el lector de la esclavitud de la secuencia textual tradicional, puede optar libérrimamente y “crear” su propia lectura, armar su “propio” poema: el que mejor resonancia encuentre en su subjetividad.

Y ahora, sí, habiéndolo equipado al lector con instrumentos y carta de marear, lo invito a embarcarse para una travesía quizá no del todo desprovista de sorpresas y peripecias. ¡Feliz viaje!

E. J. I.

I

1.1

1 el radiograma decía
2 “tu hijo nació. cómo hemos de llamarlo”
3 yo andaba entonces por las islas
4 dispersa procesión del basalto
5 coágulos del estupor
6 secos ganglios de la eternidad
7 eslabones de piedra en la palma del océano
8 rostros esculpidos por el fuego sin edad
9 soledad
10 terquedad relampagueante de la duración
11 enconado olor seminal de los esteros
12 andaba
13 anduve
14 y dije
15 mientras vociferaban la sangre y las gaviotas
16 se llamará pedro
17 pedrohuesosdepedernal
18 pedrorrisadepiedra
19 piedra inflamada por la lumbré de meteoros de la vida

1.2

1 el radiograma decía
2 “tu hijo nació. envía su nombre”
3 yo andaba entonces por el archipiélago
4 renegrada osamente del basalto
5 sílabas del silencio
6 sillares de la eternidad
7 guirnalda de piedra en el pecho del océano
8 coloquio de cíclopes sin edad
9 soledad
10 orfandad deslumbrante del espacio
11 desgarramiento de túnicas del viento
12 andaba
13 anduve
14 y dije
15 en tanto aullaban el sexo y las focas
16 te llamarás pedro
17 pedrovenasderroca
18 pedrollamadepiedra
19 piedra enardecida por el aliento de leones de la vida

1.3

1 el radiograma decía
2 “tu hijo nació. cómo lo llamaremos”
3 yo andaba entonces por las galápagos
4 cetrinas encías del basalto
5 alveolos del desamparo
6 dentadura de la eternidad
7 diadema de piedra en la testa del océano
8 mantos de lava sin edad
9 soledad
10 oquedad fulgurante del tiempo
11 hervor continuo de astros al pie de los acantilados
12 andaba
13 anduve
14 y dije
15 entre el bramido de los sueños y las olas
16 te llamaré pedro
17 pedroespinazodepeña
18 pedropiedrasinedad
19 piedra tenaz e incandescente que ha de sobrevivirme

III

3.1

1 desesperado revoloteo del instante
2 nosotros
3 los insensatos
4 los alimentadores de desmesuras y de tumbas
5 los que nos desvelamos
6 por saber qué hacemos aquí
7 anhelamos la inmensidad del océano
8 y sólo nos pertenece la indecisión de la lágrima
9 pedropiélagos te quise
10 te tuve pedrogota
11 pedromar te ansié
12 te perdí pedroespuma
13 como a la playa la marea debías sobrepasarme
14 pero tu muerte crecía más fuerte que mi amor
15 delicada espina de erizo
16 sombrija errante de la medusa
17 agonía de terciopelos del deslizamiento del pez
18 chillido de la gaviota entre el fragor de la rompiente
19 todo se ahonda
20 se hunde
21 se difunde
22 parecías forjado con la tenacidad del arrecife
23 farallón olvidado del tiempo
24 indeclinable jabalina de albatros
25 ¡pero fuiste aleteo de golondrina en el vendaval!
26 imaginé disparándose tus huesos
27 con la gracia tenaz de las columnas
28 con la agresiva terquedad de las madréporas
29 ¡pero fuiste apenas resplandeciente estertor
30 del robalo aventado en las arenas!
31 ay pedroesteladealgas
32 ay pedrosalpicaduradeola
33 en el rutilante acantilado de la vida

3.2

1 fulminante incandescencia de lo efímero
2 nosotros
3 los destinados
4 los alimentados con desvaríos y frustraciones
5 los que nos obstinamos
6 por justificar el júbilo de estar aquí
7 codiciamos la vastedad del bosque
8 y sólo nos pertenece la vacilación de la hoja
9 pedroselva te quise
10 te retuve pedropeciólo
11 pedrofonda te ansié
12 te perdí pedrohojarasca
13 como al girasol la semilla debías sobrevivirme
14 pero tu sangre corría más rápido que mi desvelo
15 quebradiza aguja de pino
16 titubeante pupila de la resina
17 frenesí de mariposas de la lámpara del polen
18 trino del ruiseñor entre el estruendo de la catarata
19 todo se ahonda
20 se hunde
21 se refunde
22 parecías erguido con la reciedumbre del olivo
23 encina olvidada del tiempo
24 orla inabarcable del vuelo del gavilán
25 ¡pero fuiste colibrí en el embudo del huracán!
26 concebí perfilándose tu frente
27 con la dulce pertinacia de las cortezas
28 con el agría avidez de las raíces
29 ¡pero fuiste apenas crujido de ala de ángel
30 de la espiga pisoteada por el casco!
31 ay pedrohuelladegarza
32 ay pedrorrasguñodeviento
33 en el resplandeciente promontorio de la vida

3.3

1 incesante remolino del ahora
2 nosotros
3 los obcecados
4 los urdidores de discordias y silogismos
5 los que nos desesperamos
6 por descifrar los signos de la incertidumbre
7 ambicionamos la imperturbabilidad de la montaña
8 y sólo nos pertenece la postración del polvo
9 pedromegalito te quise
10 te tuve pedroguija
11 pedrorroca te ansié
12 te perdí pedroarena
13 como a la colina la luna debías desbordarme
14 pero tu sangre angustia cundía más rápido que mi dolor
15 trizada lámina de lapizlázuli
16 deslumbrante llaga del diamante
17 relampagueante éxtasis de la vena aurífera
18 arullo de paloma entre la vociferación del alud
19 todo se hunde
20 se funde
21 se confunde
22 parecías implantado con la serenidad del nevado
23 filón olvidado del tiempo
24 majestuosa rúbrica del vuelo del gerifalte
25 ¡pero fuiste empeño de mariposa en la tempestad!
26 pretendí recortándose tus hombros
27 con la poderosa simplicidad de las cumbres
28 con la perseverancia de las murallas
29 ¡pero fuiste apenas súbito centelleo
30 del guijarro machacado en el torrente!
31 ay pedrocráterextinguido
32 ay pedrodesmoronamientodearena
33 en el desfiladero insondable de la vida

IV

4.1

1 en verdad
2 ¿fue verdad?
3 ¿eras tú el que pendía de la cadena del higiénico
4 como seco mechón de sauce sobre el río?
5 ser ido
6 ser herido
7 sal diluida
8 suicida
9 ah surco de paloma del pensamiento
10 borrado por el sonido atronador del desdén
11 ah soberbia del astro que manda al diablo su órbita
12 ah pertinaz repudiador de lo establecido
13 pedrogorraalrevés
14 pedromuertealospájaros
15 pedrorrompelosvidrios
16 y el eterno brazo entabillado
17 pedro fermentación de vísceras de la vida
18 ¡sólo que ya no estás!
19 sólo que al cerrarte los párpados
20 para velar el relámpago congelado en tus ojos
21 ya no te reconocía
22 ¿eras tú en verdad?
23 ¿eso de helada indolencia de témpano?
24 ¿eso de pavesas que la desesperación insta a soplar?
25 ¿eso que se desmorona en las tinieblas para siempre?

4.2

1 en verdad
2 ¿fue verdad?
3 ¿eras tú quien colgaba de la cadena del higiénico
4 como polea inútil de una construcción abandonada?
5 ser ido
6 ser sido
7 sol de huída
8 suicida
9 ah recinto de espejos del pensamiento
10 empañado por el vaho de amapolas de la pasión
11 ah fascinación siniestra por el ojo de remolino del vacío
12 ah sempiterno impugnador de los acatamientos
13 pedrocalzoncillos al revés
14 pedrocabezarrasurada
15 pedroceroengramática
16 y los faldones de la camisa afuera
17 pedro ofuscación de enredaderas de la vida
18 ¡sólo que ya no estás!
19 sólo que ponerte las manos sobre el pecho
20 para devolverte a la inocencia delirante de la materia
21 ya no te reconocía
22 ¿eras tú en verdad?
23 ¿eso de vana crispación de mano de náufrago?
24 ¿eso de cenizas que el viento no tardará en dispersar?
25 ¿eso que devoró su reserva de lumbre en una sola
fulguración?

4.3

1 en verdad
2 ¿fue verdad?
3 ¿eras tú el suspendido en la cadena del higiénico
4 como un péndulo paralizado en la eternidad?
5 ser ido
6 ser sido
7 ser huída
8 suicida
9 ah palacio de cristal de la inteligencia
10 invadido por las emanaciones coléricas del instinto
11 ah obstinación de mariposa por el otro lado del espejo
12 ah perpetuo opositor a lo constituido
13 pedrocalcetinesalrevés
14 pedroojoseplomados
15 pedrochaquetasestrafalarias
16 y los cuadernos extraviados
17 pedro exasperación de jaguares de la vida
18 ¡sólo que ya no estás!
19 sólo que al mirarte por última vez
20 antes de entregarte a la humedad y a la disipación
21 ya no te reconocía
22 ¿eras tú en verdad?
23 ¿eso de melancolía de estandartes abatidos?
24 ¿eso de inmovilidad que antecede al furor subterráneo?
25 ¿eso de luto y gérmenes ya alimento de los tréboles?

V

5.1

1 pedro ya no
2 tan sólo piedra
3 grumo devuelto a las opresivas láminas del esquisto
4 al congelado silencio de la cantera
5 nunca más la aventura
6 únicamente a la ventura
7 al ensañamiento vesánico de las depredaciones
8 a los que sólo deja residuos
9 nunca huellas
10 nunca sonido de enramadas y raíces en el pecho
11 estela de tizones del tiempo
12 pero refulges en mí
13 como una espada al fondo de un arroyo
14 pero respiras en mí
15 amas todavía en mí
16 golpeas en el corazón
17 como un animal anhelante de otra oportunidad
18 ¡hijo mío!
19 somos fervor de espuma de un piélago insondable

5.2

1 pedro ya no
2 tan sólo estalactita
3 mineral devuelto a la rapacidad del polvo
4 a la vulva de huracán de las metamorfosis
5 nunca más la aventura
6 únicamente a la desventura
7 a la vengativa eficacia de la disgregación
8 a los que sólo exige espacio
9 nunca tiempo
10 nunca aleteo de petreles y golondrinas en las sienes
11 reguero de brasas de la perseverancia
12 pero rutilas en mí
13 como una ola que por fin hace playa en el corazón
14 pero parpadeas en mí
15 alientas todavía en mí
16 animas en la sangre
17 como una semilla ávida de nuevas germinaciones
18 ¡hijo mío!
19 somos el murmullo de un follaje inmarcesible

5.3

1 pedro ya no
2 tan sólo cuarzo
3 bloque devuelto al estupor de palomas de la roca
4 a la desaforada perversidad de los ácidos
5 nunca más la aventura
6 únicamente a la envoltura
7 a la tozudez metálica de lo inerte
8 a lo que sólo impone sombras
9 nunca formas
10 nunca arterias de diamantes y de rosas en la frente
11 pisada de ascuas de la duración
12 pero fosforeces en mí
13 como el meteoro cuando irrumpe en la atmósfera
14 pero sueñas en mí
15 vives todavía en mí
16 ardes en la memoria
17 como las viejas tonadas de la tribu en los labios de
18 los adolescentes
18 ¡hijo mío!
19 somos los ecos de un tañido inextinguible.

De In memoriam
(1980)



*Cubierto por la Tierra que tanto amó,
mi amigo Luis Vega Arriaga, oye
llegar con mis palabras el lejano
sonido del río.*



fricción de pedernales
explosión de botellas estampadas contra el muro
traspíe entre dos tinieblas
esquemas
 escamas
 escaras
 escorias del tiempo
pétalos que el azar sopla en su palma
en verdad
 en verdad
 no nos pertenece el telar
únicamente los hilos y el diseño
por eso padecemos
la tenebrosa limitación de la carne
como un espejo para reflejar lo fortuito
que en cualquier capricho de la duración
puede interrumpir nuestra apasionada labor

¡amigo bienamado!
 también tú
aunque eras compacto y poderoso como una torre
aunque estabas hecho de serena firmeza de constelación
solías reiterar
 ¡qué poca cosa somos!
flojos nudos de niebla
migajas prematuras o tardías del ser
siempre retrasándonos o anticipándonos
nunca presencias
 si pre-esencias
 o ya ausencias
siempre nostálgicos de presente
como las ballenas
del espinazo disperso de los icebergs
ay amigo

amigazo del alma
es porque nos exhalamos con conciencia
que nuestros días sobre la tierra
son una desasosegante oscilación
entre la piedra y el ala

de los miserables talleres del vecindario
con dapolosipiedras
rompecabezaihuesos
reyertas sangrientas entre los rapaces del barrio
por el dominio de las zanjas para el alcantarillado
¡aves de mal agüero!

monjas/avutardas/asilo
legos/cormoranes/escuela
frailes/buitres/colegio
tufo de incienso y lujuria fermentada
inmóvil ojo vengativo de dios
había una mariposa aleteando inútilmente
prendida en el alfiler de la extinción
¡el terror es la expiración de la conciencia!

mi mocedad/necedad de astro desorbitado
lacerados muros de adobe de los conventos
descargas de anguilas en el sexo
días y días

ojos absortos de pez
en la luz tamizada de acuario de las bibliotecas
vagando entre la ruin opacidad de las tabernas
o por los vestíbulos de cristal del conocimiento
muchachas que no me amaron
junios con sus ofuscantes cabelleras de topacio
militante de extrema izquierda
copulando con las rameras

y las palabras
ah esquivada y atribulada juventud
edad en que siempre me sorprendí
expectante y embarazado
como el invitado que acudió demasiado pronto

¿pero a quién se le ocurre que el destino

años de ahondamiento
de desadormecimiento de galaxias
adentro de la crisálida
tiempo en que el alma renueva su plumaje
y el llamado del vuelo deja oír su música imperiosa
¡aquella cabaña ruिनosa de madera
anclada como una barca
entre la espuma de los cerezos en flor!
/mis alumnos la llamaban la casa de tarzán/
cabaña de madera

a mi manera

que nada era

sino los esponsales del júbilo con el desposeimiento
porque ese fue el hermoso tiempo de la sabiduría
tiempo en que me empeciné
en no poner el corazón en lo percedero
un perro

cuatro hijos

cinco sillas

muchos libros

un excesivo orgullo como para contraer deudas
unas cicatrices de espinas de acacia y limonero
de las cacerías de jabalí en el archipiélago
un coche inglés de cuarta mano
para atrasarme un poco menos a clase
unas frases abrasadas por los tizones de la poesía
y la felicidad

como que se hubiera arrepentido
de haber pasado su planta en el huerto de hortalizas
¡el mundo es la configuración de la conciencia!

de ahí venías tú
polvareda de rebaños en la memoria
jirones de añoranza de las veladas campesinas
cascada de violines
de las risas de las hermanas y las primas
vajillas de porcelana
altos candelabros del comedor
como un sonido de avenida de río
los pasos de tu padre por los interminables corredores
tu niñez de amapola desamparada en el trigo
tu adolescencia esquiva de gavián
de la que nunca soltaste confidencia
la postura de tu mocedad
a cuyo hechizo el sexo de las mujeres vacilaba
como el casco del caballo al borde del desfiladero
tu juventud de grandes estrellas y arboledas
de jinete por riscos y encañadas
tras la exhalación de meteoro de los venados
de pronto desgajada
tajada
por la espada
el insidioso llamado de la especie
la trampa de crisantemos del amor
el cálido aliento de buey de la compañía
así terminó tu juventud
llegó el exilio
la madruguera de topos de la oficina
al aire confinado y siniestro
de la firma importadora de vehículos
conferencias con ejecutivos
y gerentes bancarios
desconfianza y prevención de chacal de los accionistas
convenciones en hawai y en chicago
inversiones en bancos

y en líneas aéreas
vocalía del directorio del golf-club
el centello excitante del whisky
como de mulata que emerge de las aguas
humo de cigarros
cotorras con toda la cuerda
la estola que mi marido me trajo de París
ya no se puede con el atrevimiento de las mitayas
el médico me recetó nuevos tranquilizantes
¿has visto el convertible de la mariajosé?
este verano pasaremos en Acapulco o Miami
viejas quijadas
viejas quejudas
viejas cojudas
viejas con pulgas en las trompas de falopio
mientras tú
retraído y remoto
contemplabas las últimas estrellas
y escuchabas en la memoria el galope de los jinetes
tras el ganado extraviado de la hacienda paterna
¡ah! los nuevos planos del complejo industrial
el revólver en la sien del impuesto a la renta
archivadores
calculadoras
teléfonos
computadoras
equilibrios en la cuerda floja del dólar
hay pánico en la industria del acero
¡amplíenle el vencimiento del crédito
a Víctor Campuzano el camionero!
la piscina deslumbrante en las noches de celebración
igual que un desvarío de turquesas
/o como tú dirías zumbonamente las turcas esas/
el coche deportivo que destellaba y rugía

como relámpago debatiéndose dentro de una botella
y tú luis

viejo amigo

hermano de raíces

con tus grandes ojos taciturnos
con tu temprana úlcera de hombre de negocios
con tu reposo de paloma en los tejados del crepúsculo
distinto

distante

distonto como el colibrí

extraviado en una planta de montaje de automóviles
o una semilla olvidada de la primavera

mas tu profunda cordura de varón rural
te había persuadido de lo vano de las anticipaciones
por eso habías hecho de la indocilidad del tiempo
una gran piedra para sentarte a esperar las lluvias
siempre supiste aguardar

sobrellevar la deshora

como precio justo por los hermosos días venideros
en que reiniciarías tu amistad con la tierra

no por atropellarse

el río arriba más pronto al mar

ni el maíz por empinarse de puntillas

alcanza a ceñirse la diadema de las mazorcas

¡amigo idolatrado!

porque en tu sangre dormitaba la estirpe del labrador

te percataste de que el hombre

y todo aquello en que el hombre pone manos y corazón

son pasión y paciencia

siempre hay tiempo

y ya que somos los predilectos de la muerte
pues ella nos dio el insólito espejo de la conciencia
a fin de depararnos su sempiterna compañía
ya que somos apenas chisporroteo
repentino espasmo de la duración
obstinada impaciencia del viento en el arenal
ya que somos ese extraño y cruel rodeo
para arribar precisamente al punto
a donde nunca queríamos llegar
sabemos que en el tiempo

como en el mar

todo es asiduo recomenzar
eternos entrecruzamiento de espumas y caminos
sólo que en cada pisada

o pensamiento

es otro el que se adelanta y desvanece

es cierto que hojas van

y hojas vienen

pero el bosque está ahí
de sus perpetuos otros que sobrenadas en la aceleración
el yo alquitara su pertinacia
la sustancia radiante de la espada de la identidad
oh tiempo

sutil trampa del ser

dividendo de un plazo que no ha sido estipulado
crédito renovado con el que nunca haremos fortuna
y que tenemos que aceptarlo a regañadientes
como a una mujer avasalladoramente hermosa
que ha de dispensarnos su felicidad

aunque jamás nos ame
si de algo disponemos es de tiempo
no de vida

tiempo para advenir
y empezar a despedirse
tiempo para colgar como fruto de árbol de la madre
y tiempo para embarcarse en la propia corriente
para ser el mundo
y estar en el mundo
infancia / sinansia
adolescencia / dolorcencia
tiempo para refugiarse
en la vertiginosidad que no transcurre de los sueños
y tiempo para la amargura
hasta que nos aniquile
la cópulas de las moscas en la mejilla del mendigo

tiempo para jugar billar
y lavar botellas en las fábricas de gaseosas
para aprender a bailar
y atronar en los estadios
tiempo para llevar a las muchachas en motocicleta
comprobar que en el amor
uno más uno no son dos sino ninguno
tiempo para el éxtasis ante el tabernáculo del sexo
y para la picadura de escorpión de la duda
tiempo para confortarnos junto a la fogata de dios
tiempo para admitir que la única infinitud
es la de la eternidad de su ausencia
tiempo para estudiar
y tentar la sabiduría
tiempo para romperse el alma
atiendo a los inicuos

y ensalzando a los oprimidos
tiempo para arremansarse en el crecimiento de los hijos
y tiempo para perderlos
como si nos arrancaran un árbol del corazón
tiempo para decidarnos por la dentadura postiza
y para reconocer que no estamos aquí sólo para durar
sino para acrecentar la perfección y la alegría
tiempo para atenazarse a la incandescencia del ahora
y tiempo para el destiempo de la remembranza
tiempo para desparramarnos en el deleite
y tiempo para moderarnos
y modelarnos
con la altivez solitaria del ánfora o el acantilado
tiempo para troncar la duración en vida
in-sistencia
ex-istencia
para que el otoño encienda las hojas
y deje al descubierto
la urdimbre de mallas de nuestra carne acerba
tiempo de morar
demorar
de morir
créditos renovados
dividendo cumplidos
tiempo para arder en las brasas del sacrificio
y para que la torpe red
de relámpagos de las palabras
se enreden lo inasible y lo vertiginoso
/¿la suma de intensificaciones de la vida
acaso no constituye el único sentido de la vida?/
¡siempre hay tiempo!
para que tú
amigo mío
ya desolladura de mi alma

subterráneo festín de aguaceros y raíces
futura pulpa de los cotiledones
reinicies tu amistad con la tierra
hasta los huesos

epitafio

sumido su seno
 la tierra
sumado su sino

aquí luis vega boga es su luz vaga
consumido
 consumado
 con su nido
 con su nada



Alguien dispone de su muerte

(1988)



I. Andante melancólico

¿padecen los elefantes
ese implacable desmoronamiento de cenizas
con que ciertas criaturas advierten despavoridas
que el tiempo no las preservará?

por lo menos

saben cuándo y dónde sus ojos
abarcarán por última vez la declinante
languidez de amaranto del crepúsculo
imponentes

impotentes

se alejan de la manada
con el corazón imantado por las tinieblas
reclamando el sitio presentido y remoto
en que sus huesos

otrotra poderosos

como la respiración del bosque
o la armazón del navío
empezarán a descarnarse y blanquear

atributos arrogantes y mendaces
uvas demasiado empinadas
para el hocico de la zorra
tiempo
conciencia

conocimiento

¿qué queda de los grandes truenos de esplendor
sobre las llanuras alucinadas de la vida?
como los labriegos las lluvias
aguardábamos impacientes
los días de exaltación
sin percatarnos

en el ardor de la expectativa
que la vida ya había pasado de largo
concediéndonos la plenitud
nada nos llevaremos

nada dejaremos
sino la misma herencia de desesperación
de quienes antecediéndonos
se empeñaron en erigir la tierra
en morada de la alegría y la perfección
porque no estamos aquí
para maldecir

ni para lamentarnos
sino para desvelarnos
y exprimarnos el alma
intentando tocar la espinas y puñales
en manzanas y panales
para los que advendrán después
del hervor de espumas de nuestra ola

ay ¿cómo poner el oído
en el caracol de la vida
sin escuchar el colosal bramido de la muerte?
¿cómo amar la vida

sin aceptar la muerte?
más que serenidad o ventura
las certezas añaden a nuestra fragilidad
confusión y desconsuelo
¡de puntillas sobre la muerte
nos asomamos a la vida!
sé que todo cuanto no cruje
entre la insaciable dentadura de tiburón
del delirio o del exceso
acrecienta la disipación
ahora advierto algo más

como los elefantes
en cuyas enormes orejas sopló la palidez
mi corazón padece el hechizo de las tinieblas
siento menguar la taciturna y fanática
obstinación de la carne

ya es conmigo
el flácido aleteo de los velámenes
en las zonas letárgicas de las calmas
el sonido de papeles estrujados
de la carrera de las lagartijas entre las ruinas
la urgencia de un plomo de tierra
para desparramar las costillas fatigadas

cada vez que hoy enfilo la mirada hacia el futuro
los ojos del alma se van hacia el pasado
se me van

se me están yendo a cada instante
no hacia la niñez

que es nítida y dolorosa
sino hacia la adolescencia
que es insondable como el ojo del reptil
días y noches prisionero
en las jaulas de vidrio del aguacero
que rompían sus barrotes contra la cordillera
días y noches de proyectos descabellados
alimentados por el desamparo y el alcohol
primeros y desatinados amores
que nos marcaron al rojo vivo
como a una res

paseos solitarios
por las orillas de los ríos
los ejidos
y los últimos arrabales
frecuentado únicamente

por unas gallinas polvorientas
afanadas en escarbar la soledad del universo
anhelos

frustraciones

descalabros

ardientes noches en que se discutía
enardecidamente de literatura
como si se tratara de los portentosos
encantos de una puta
que por nada del mundo nos debíamos perder
grandes vacíos de muerte no vivida
porque la memoria extravió su linterna
antiguos territorios apenas entrevistos
por las hendiduras mágicas de la música
y el tiempo que se posa
pero no pesa

ni pasa todavía

porque entonces el tiempo estaba ahí afuera
nos sostenía igual que a la flor la corriente
o el aire a la majestuosa indolencia del gavilán
pero no devenía aún con nosotros
no fluía internamente
como el veneno de la víbora
en la sangre de la víctima

¡cómo dudar ahora!

toca a su término

la operación atribulada de arrancar
las hojas consumidas de los calendarios
si fuimos modelados
con vertiginoso material de relámpago
el ardor exige el tributo del aniquilamiento
sólo que lo más furioso e irrevocablemente
llameante en mí

es mi muerte
oh amada mía
ALBA EMPERATRIZ LARA
criatura signada hasta por los nombres
para asumir el deslumbramiento
y la potencia avasalladora de la hermosura
¡oh parte de esta frenética fulguración
condenada también a extinguirse!
ven conmigo a las islas
acompañame en este último trecho
antes de que yazga definitivamente
enorme
inerte
inerte
como el elefante derribado
bajo la cruel ceguera de las estrellas

II. Allegro non troppo

y cuando caiga

 como me gustaría caer
desfallecimiento de follaje fascinado
por los ojos dorados del otoño
albatros fulminado en pleno vuelo
enamorado perdido de ti y de la vida
por favor

 ponme de lado
de sien contra las agrias piedras de floreana
la más pequeña de las islas habitadas
del archipiélago de las galápagos
ponme con las manos sobre el sexo
como si no quisiera aún desprenderme
de lo que más atesoré
como si aprisionara todavía un relámpago

y cuando me venga abajo
no de muerte

 como reclamaba reiner maría rilke
sino de tanto peso de la vida
déjame junto al estruendo carnicero
de mandíbulas y colmillo del océano
/quien anduvo maravillado
entre los deshielos de la música
¿cómo podría prescindir
del acorde incesante de las olas
del glissandi de violines de la espuma?/
déjame cerca del mar

 donde no llegan
las empapadas túnicas de la marea
donde empieza la potestad

iba desaforado de mujer en mujer
los mismo que el dipsómano de uno a otro bar
tú me enseñaste el gozo sereno de la pluma
en el centro del embudo del huracán
la duración sin destrucción del amor
mas no porque los años
acumulan sin tregua su hojarasca
los nogales dejan de dar nueces
para enjorjarse con el oro de las naranjas
el sombrío animal de presa
afla todavía sus garras en mi corazón
y aunque me abandono a ti
con la ciega fidelidad del planeta
al susurro como de hojas de la gravitación
no sé amarte

no puedo amarte de otro modo
que son ese aturdimiento colérico
mezcla de posesión y desesperanza
con ese desamparo agresivo
que exige el sometimiento y la devastación

impávidos témpanos de la inteligencia
desolado vestíbulo
de espejos de las abstracciones
¡lejos de mí!

con ganglios y venas palpitantes
amaso la sustancia candente de mis evidencias
otra cosa es

otra cosa muy distinta
esforzarse en otorgarles consistencia
y transparencia helada de cristal
cuando con ellas erijo las resplandecientes
galerías del palacio del poema
/nada hay en el núcleo radiante de la poesía

que antes no haya sido machacado
en las rompientes de la sangre/
yendo de mujer en mujer
revolcándome en la lúbrica calidez
de su fango de mucosas y semillas
nunca busqué a la mujer

sino a cierta mujer
esbelta y desdeñosa como una adormidera
cierta mujer inaccesible como el olvido
voluptuosa como la temperatura
de los invernaderos

que tornó
más lacerante y solitaria mi mocedad
y cuando al fin la rescaté en ti
la antigua e indeclinable ferocidad
me cercó dentro del devorador
círculo de llamas de la monogamia

¡adorable mía!

¡única joya mía!
no pongas nada sobre mi tumba
ni una piedra

ni un tronco de algarrobo
ni siquiera un puñado de conchas
de sobra sabemos

tú y yo
que cuando recuerda la convulsa
brevedad de los días del hombre
exhibe el estigma de la pesadumbre

sólo quiero
el sonido atronador con el océano
acarrea su verdes catafalcos
el gran ojo ofuscante del sol
que raja las caderas de las rocas

III. Adagio

¡es tan maravilloso vivir!
a pesar de las tremendas colisiones
contra lo más solitario y oscuro del corazón
a pesar del transcurso vertiginoso
como de rayo que cruza por un espejo
valió la pena existir

¡más todavía!

acariciar con distraída complacencia
el mango del puñal hundido en el costado
desdeñar los falaces cálculos
y seducciones de la seguridad

decidirnos

por las inciertas alternativas del nomadismo
con el temblor de las estrellas
como único y solariego albergue
¡he ahí los auténticos
motivos de nuestra ventura!
veneno en ínfimas dosis

la existencia

consumida con furor en cada instante
nos inmuniza contra el pavor del aniquilamiento

¡es tan maravilloso vivir!

más aún

romperse el alma contras las interrogaciones
que jamás esperan respuesta
pero sin las cuales la existencia
no deviene destino
acatar el sombrío desmoronamiento
de los farallones del tiempo
con aquella desconsolada

con aquella desesperada humildad
que ya se confunde con la fosforescencia
del ojo de tigre de la soberbia
constituye la razón suprema para no renegar
de los avatares de la travesía
porque

 pensándolo bien
en toda aceptación reconocida de la vida
retumban las pisadas de trueno del orgullo
y arden las hogueras del desafío

ah llevar con agradecimiento y devoción
la cucharada de alimento a los labios
retener el sorbo de vino

 contra el paladar
hasta que chisporroteen las brasas de la delicia
despojar de sus prendas íntimas a la mujer
como quien priva de las cortezas a la naranja
transmutar la instantánea ignición
del contacto de las cosas del mundo
en la fría e imperturbable
fijeza de constelación del pensamiento
ponerse de bruceas

 con el oído contra el alma
atentos a todo aquello convulso
y signado por el desvanecimiento
que clama

 reclama
 y proclama
la aceleración desenfrenada del meteoro
como única posibilidad para sobrevivirse
porque sólo lo inconsciente y fugitivo
por su insuficiencia

 y constante insatisfacción

las acacias de la habana
los castaños de parís
los rosados copos de algodón de azúcar
de los cerezos en flor de washington
el denso palio del follaje de robles que sombrea
la cabaña de abraham lincoln en kentucky
estos pinos centenarios del parque central
no son los mismos de ayer o de la infancia
son otrosmismos

las volutas de soledad
en que nos disipamos como los cigarrillos
los apresuramientos de las sangre
en vísperas de viaje a países distantes
o de la primera cita con una bella mujer
los desencantos cada día más frecuentes
que los alborozos

a medida que el tiempo
acorta la oscilación de su péndulo implacable
los tornan a la mirada y al corazón
más remotos y diferente

sólo perdura
los que a la celebridad del transcurso
alcanzaron a arrebatarse
las uñas endebles de las palabras

lo que más allá
de las maquinaciones del tiempo
o la imperturbabilidad del espacio
el lenguaje confirió resplandor y concierto

aturdidos por el rumor del desquiciamiento
nos volvemos con furor contra lo precedero
igual que el león sangrante contra el cazador
aferrarnos al presente

agostarnos/agotarnos
en su vertiginosidad inmóvil en apariencia

no arrojada a mis playas por lo imprevisible
sino como si alguna porción
inadvertida u olvidada de mi ser
se pusiera de pronto a fulgurar
y alborotarse con pájaros y campanas
porque tú has sido

 ¡efímeroeternamía!
el brillo del oro que impulsa y ofusca
la codicia insaciable del minero
mi corazón que se devora sin cesar
—como la oruga en el silencio de la crisálida—
para la expansión soberana del vuelo

ay dama y señora mía
 en todas las mujeres
parece que el hombre busca
a una sola mujer

 por eso
aun antes de conocerte sabía que tus cabellos
flotaban sobre tu espalda con la intrepidez
de los grandes helechos sobre los precipicios
que tus caderas lucían la brillante tersura
de la madera de los pianos de concierto
que los bordes de tu voz se irisaban
con el tornasol de la agonía de los peces
antes

 mucho antes
de que tu vendaval de rosas y manzanas
azotara mis ventisqueros

 ya presentía
que en la profundidad de tus ojos
alentaba el temor
de la paloma sorprendida por el águila
que tu risa exhibía el chisporroteo

de una puñado de brillantes agitado
en una jarra de cristal
pero sabía demás

que tú

como yo

reposabas en la convicción
de que la sabiduría consiste
en no adelantarse al instante
porque está escrito

que quien anticipa el paso
en las inciertas arenas del futuro
despertará el eco de la nostalgia del pasado

IV. Allegro finale

la tierra

que nos destierra

y entierra

me reclama con su imperioso llamado

que borra la nitidez de las facciones

y las convierte en despiadada confusión

de andrajos y semillas

como los elefantes

sorprendí en mis venas el crujido

que desquicia las osamentas y las bóvedas

atisbé algo parecido al apaciguamiento

de las últimas plumas del trueno

en los confines del horizonte

algo quizá

como empezar a cerrarse a la embrujadora

transparencia de lo externo

igual que un espejo que comenzara a empañarse

con la muerte marcándome

(¿o malográndome?)

el compás con su lóbregos timbales

escucho nuevamente

allá en las islas

el ardiente desvelo de la duración

la ola que se agazapa para el nuevo embate

en su propio anonadamiento de zafiro

el apagado tartamudeo de la espuma

la devolución del ser al ser

sin la aficción del residuo o el despojo

¡ay! si cada vida recibiera

la muerte a la que se hizo merecedora
yo

que vine a celebrar
la insolencia fugitiva del instante
debería extinguirme
sin dejar rastro alguno de abatimiento
por eso

oh leal y amorosa mía
no pongas ninguna señal sobre mi sepultura
ni montículo de grava

ni calavera de buey
ni botella con flores dominicales
sólo quiero el viento que llega al mar
con un excitante olor de sal en las axilas
los abarrotados vagones de estruendo
que el océano descarga
al pie de los acantilados
algún pollino que se revuelque jubiloso
en el polvo removido para mi sepultura

y aunque para nosotros
criaturas
de múltiples espasmos y un solo acabamiento
ser es igual a devorarnos el ser
¡valió la pena existir!
es cierto que con el hombre advino al mundo
el reino de lo imprevisible
pero no es menos cierto

que con el cortante
chasquido de látigo de lo repentino
advinieron también
la impaciencia y la expectativa
¡jamás la ebriedad y el desbordamiento
nos empinarían hasta la cresta del embeleso
si nuestros contados días sólo transcurriesen
bajo el signo irrevocable de lo establecido!

la demora del hombre en el tiempo
–al igual que la nítida y refulgente
estructura de cristales–
debe su vivacidad y hermosura
al caprichoso trazado de relámpago del azar

pero con ser bella la vida
no lo habría sido tanto
sin tu encuentro más inesperado y sorpresivo
que un ataúd conducido en coche deportivo
o el ciego absorto frente al espejo
y sin embargo

desde que fui

(y aún soy)

esta testadura astilla
en el ojo de la duración
esta martirizante fisura de la conciencia
por donde se desangra el tiempo
ya estabas en mí

¡pero debería encontrarte!
como el desamparo de la estrella
requiere la llegada de la obscuridad
para desnudarse y sollozar
necesitaba advenir al punto exacto
de mi expansión para tu encuentro
porque para nosotros

los raudos y deleznales

todo conocimiento es reconocimiento
todo hallazgo en el mundo exterior
es revelación

de alguna desconocida y conturbadora manera
de sentirnos y confirmarnos en nuestro ser
el viejo y entusiasta píndaro sentenciaba
lo que tú eres ¡conquistalo!

yo que me decidí por el riesgo y el sobresalto
(la vida ama la temeridad de los aventureros
aunque desconfía siempre de ellos)
yo que repudié ceremonias y aclamaciones
debo partir

precipitarme desde adentro
como si se me desfondaran
el corazón y la memoria
bien mirado

qué exiguo y excesivo
aquello de lo que uno ha de despojarse
un olor desfalleciente a menoscabo
una lentitud de harapo que cae en la tiniebla
mientras la exaltación y el resplandor prosiguen
¡ay de la vida!

pero en cuanto hospedó temblando el corazón
o rozó con sí tizón la inteligencia
dejo una perenne salpicadura de pasión
dejo mis libros

los únicos ángeles que conocí
alineados en apretadas hileras
como mariposas con las alas plegadas
oh anaqueles de mi biblioteca
acantilados impertérritos
a las acechanzas depredadoras del tiempo
panales repletos de emoción y sabiduría
escalones sagrados del espíritu
cimientos de lo absoluto

urnas espléndidas
que atesoran la transpiración del alma
de los insignes y esforzados
cónclave de camaradas que me exigen
el lecho de plumas de la conformidad
o la espada sangrante del desacato

con el adusto y desdeñoso jorge marique
contemplamos pasar los despojos del esplendor
en el río del tiempo

el gran desengañado
don francisco de quevedo me enseñó
que todavía no intentamos asentar la planta
y ya apresuramos el paso hacia la muerte
con mi desparpajado amigo walt withman
nos bañamos en el manantial
y viajamos en tren con boleto de segunda
anduvimos con mi maestro federico nietzsche
por las altas nieves enceguecedoras
donde se confunde la certidumbre y la locura
con mallarmé y valery

tenté mi aprendizaje
de solitario tallador de diamantes
el inolvidable cholo césar vallejo
no cesó de inculcarme
que ser equivale a dolernos el ser
y que la felicidad deja de ser trivial
si jamás llamó a nuestra puerta

entre deudas y reconocimientos
de última hora

¡cómo olvidar la música!
oh piélagos mágicos de olas
sin consistencia ni peso
de olas que atraviesan la piel
y la disuelven
en la ciega voluptuosidad del universo
ah deshielos de alas de la música
debo daros mi adiós
me despido de georg friederich haendel
johanes bramhs

peter illich tchaikovsky
richard wagner
charles ives
olivier messiaen
poderosos vientos genésicos
que soplaron los rescoldos de mi arrebató
en las pausas de desconcierto o vaciedad
que me otorgaron la serena ingravidez
de las ingentes masas de niebla
suspendidas sobre los abismos
adiós juan sebastián bach
arnold j. schoenberg
anton von webern
pierre boulez
pacientes tejedores de tapices sonoros
contradictorios artífices
que son los sonidos
sometidos a ritmo y proporción
despiertan de su sopor a las raíces inquietantes
de lo ignoto y hostil
en el inerme corazón del hombre
adiós wolfgang amadeus mozart
luis van beethoven
gustav mahler
igor stravinsky
karlheinz stockhausen
con quienes saludamos el milagro
de los días del hombre sobre la tierra
abrazados en el centro de la tempestad
me despido hasta el silencio
de los racimos refulgentes de los acordes
del arcoíris ondulante de la melodía
de las boas entrelazadas del contrapunto
de los arpeggios

trémolos
y disonancias
de los cautivadores conciertos para piano y violín
de las avalanchas de astros de las sinfonías
de las sonatas elaboradas con la prolijidad
y simetría de las telarañas

quedan tres hijos
coágulos de mi soledad
trémula línea de algas que dibuja en la arena
el vencimiento de mi turbulencia o desmesura
depositarios idolatrados de lo que fui
de lo que soy

de lo que ya no podré ser
con ellos continúa el enigmático mandato
que tensa el arco en el corazón del pájaro
en dirección a la lejana primavera
que insta al fruto a desparramarse
en trinos amordazados y futuras flechas
a la yegua en celo

con la cola levantada
a entregar a la volubilidad del viento
un enervante olor a fricción de meteoros
/de pedro

el segundo de los varones
sólo queda el opresivo silencio de los circos
cuando el espectáculo ha concluido/
persistirá con los hijos
los mismo que en los hijos de sus hijos
algo de mi manera de sonreír con pesadumbre
mi desvelo por la orfebrería del canto
la cólera por la siniestra sobre de catafalco
de la opresión y la injusticia
la devoción por la delicadeza y el primor
legado precioso de mis antepasados artesanos

el gusto áspero y exultante por los terrones
destripados entre los dedos
y el solaz de toda la noche sobre la hembra
de mi inmemorial linaje de agricultores

quedan ciertos cajones con papeles
inservibles para los demás
pero en los cuales mi existencia sangró
como niño extraviado entre las zarzas
escombros de las batallas con lo que escapa
a la menesterosa luz del entendimiento
tanteo y vacilación de báculo de ciego
al borde del precipicio
pálido vaho de espectros

irreductible

a la nitidez de lágrima de la forma
quedan también mis herramientas de jardinería
con las que obligué a la tierra
a encender la antorcha de la rosa
muchas botellas de vino añejo
que no alcancé a trasegarlas
porque el hígado se sublevó
pocos cuadros

una vieja máquina de escribir
la indeclinable convicción de que la poesía
únicamente imprime su pisada indeleble
ahí donde la mezquina
eficacia del pensamiento

cede la iniciativa

al centelleo enceguecedor de las palabras
¡nada más me perteneció!
en realidad

de verdad

se deja tan sólo aquello que se empapó

en el sudor ardiente del alma
aquello que con nosotros de desquició y fatigó
a fuerza de orfandad

amor

y desconsuelo

sobre todo te dejo a ti

alba lira

alba lara

alba cara

alba clara

alba/bala de música y luz

nadie amó ni amará como yo

tus ojos afligidos y conmovedores

como una conversación entre mendigos

tu boca nítida y taciturna

como amapola asomada entre la cebada

tus enormes pestañas que calcan

la sombra de las espadañas en los lagos

tus hombros donde el río aprende

el arte de trazar recodos

la fragilidad

y tensión de tu cintura de surtidor

/recuerdo la primera vez que acaricié

tus esbeltas e interminables piernas

dije entonces

con el rey salomón

sobre esta columnas edificaré mi templo/

te dejo a ti

dulce y solícita compañera

y contigo al sortilegio del lenguaje

única agua que fluye

y refleja mi imagen

sin disminuirme al llevarse consigo

¡el lenguaje y tú son idénticos!
candentes puntos de intersección
en que coinciden y se anulan
el estampido del instante
y el silencio
de las oceánicas profundidades de lo absoluto
cuerpodiscurso sometido
a la soberanía del cálculo y la proporción
para que prevalezca la luz de la hermosura
frases
como tus senos
esculpidas con la paciencia
con que labran los siglos de estalactitas
el rostro es el sustantivo
la esencia
la corola inconfundible de la identidad
en tu dorada y fragante cabellera
hay algo de adjetivo en la veleidosa
disposición en trenza
moño apretado
o tempestad de girasoles de la melena
codospreposiciones
rodillasconjunciones
y el verbo portentoso de tu sexo
denotador de acción
pasión
y estado de arrobamiento
tabernáculo
de la oración gramatical y de la vida

llévame siempre sobre tu corazón
como espada sobre la tumba del héroe
en tu piel como quemadura de ácido
en tu memoria como la algarabía

del día siguiente al triunfo de la revolución
despídeme de los amigos

¡amor mío!

de Joaquín Zamora

Eugenio Moreno

Pepe Serrano González

los únicos que no me defraudaron

que no me abandonaron en el aciago

callejón de las enfermedades y fracasos

¡ah el buen amigo es como un segundo corazón

o una tercera mano!

fuimos los inconformes

los orgiásticos

los recontraputas enamorados

de nuestros errores y la vida

los que llevan

como un inapreciable estigma

la cicatriz de las mordeduras de la incertidumbre

los que reconocen con bizarria

que decae la envoltura corporal

pero prosigue el furor eruptivo de la vida

diles que si volviera a nacer

no querría otros amigos que no fueran ellos

ellos y Luis Vega que se anticipó

para aguardarme con su sonrisa benévola

explícales que me hubiera gustado compartir

más botellas y confianzas

en interminables noches de efusión

conversar de los sonetos de Borges

como de enhiestas ruinas que resistirán

el trabajo minucioso de las arenas del tiempo

del culo descomunal de la mujer del prójimo

de los días de zozobra y desaliento

V. Coda

un hombre
 que al barajar las cartas
el azar le impuso un nombre
 efraín jara
se prepara para la final partida de dados
anfitrión solitario
 un tanto ebrio todavía
contempla a la madrugada los restos del ágape
ceniceros repletos
 sillas derribadas
copas rotas o a medio vaciar
hay una ominosa mancha de vino
en la blancura del mantel
 como desolladura
en la espalda adorable de una mujer
el tiempo no es culpable de estos destrozos
sino la combustión de la intensidad
su misma condición meteórica
que obliga a resolverse al frenesí
en esparcidas cenizas de holocausto
tantos días dilapidados
 como monedas
que van a ser retiradas de circulación
tantos sueños tronchados sin alcanzar
la estación propicia para la gracia de la flor
tanto apagarnos y relumbrarnos sin término
tanto polvillo de alas de mariposa
en los dedos desatinados de la memoria
sin nosotros no hay tiempo
 no hay espacio

sólo el vacío extasiado en su transparencia
pero con la urgencia del tiempo
convocamos la ausencia y el deterioro
aunque quizá no sea el tiempo
ni la irritación

por lo que se disgrega en harina
lo que frustra nuestra alegría
sino el aferramiento a los que se desplomará
con el estruendo de nuestros huesos
la muerte contrae nupcias con el dolor
por el apego a las cosas que nos rodean

aquel hombre que hubiera podido ser yo
—y yo añicos de un yo—
escruta los escombros humeantes
elige algunos fragmentos estropeados
y con ellos alimenta la avidez de su lámpara
los transfigura en irradiación y música
lo mismo que la araña transfigura
la sangre crapulosa de la mosca
en sutileza y temblor de encaje
modela un otro

el que no alcanzó a ser su yo
el otro tal vez más genuino
aunque condenado
a vagar sin término por el aire enrarecido
del laberinto de las palabras
el otro que soy yo

pero no lo soy
aunque no siéndolo se me parece
como el doble perfil del capullo
de las tetas de la adolescente
es y no es
la tersura estallante de la manzana

que alguna vez ella mordisqueara
y como sabe que hay que morir
con la misma vehemencia con que se vive
/en el fondo

el tránsito fue para él
inmolación y apoteosis/
se apresta a verse en las islas
cara a cara con la muerte
y darle un abrazote confianzudo
posesivo

olímpico
verdaderamente desmoralizador

Al otro lado del tiempo

(1983)



en el flujo devorador de lo que transcurre
refulge la desnudez de los cuerpos
¡oh cuerpos del hombre y de la mujer
sofocados por el candente vaho
de relámpagos del deseo!
menesterosos de reconciliación
como los pedernales de la chispa
aquejados de insuficiencia y orfandad
como las palabras no enhebradas en el discurso
¡cuerpos!

¡palabras!
fugitivas hilachas del tiempo
convertidas en perpetuidad y esplendor
por la impotencia y desesperación
de la conciencia que se anonada

él horizontal

bocarriba y anhelante
como quien va por fin a sorprender
cielo y tierra tambaleándose unimismados
en el estremecimiento de altos follajes
extendido en el lecho

tenso y confiado
porque en el furor avasallante del deseo
no es posible el error
¡cuerpo del hombre!

mutilado e inepto
sin el cuerpo de la mujer
lo mismo que gavilán privado de un ala
o espejo sumergido en el océano
/casi siempre le es dado al hombre vivir su cuerpo

como el más doloroso de los exilios/
fugitivo punto de intersección
en que se entrelazan y confunden
lo ya consumido y lo que todavía perecerá

ella vertical

columna neta

columnata del frenesí

sentada a horcajadas sobre el pecho del varón
recogidas las piernas sobre los hombros de él
ciñéndole la cabeza

de tal suerte

que la corola en llamas de su vulva
descansa sobre la barbilla de él
¡provocación inmemorial y astuta de la flor
urgida de la volubilidad del insecto
para agitarse ufana en el viento
una y otra vez como flor!
/únicamente la caída de hojas
de las muertes incesantes
confiere perpetuidad al árbol de la vida/
¡cuerpo de mujer!

-la otra ala del gavián-

la gracia de la imagen
en la desolación glacial del espejo
ola que incita a trepidar en su cresta
sin el desmoronamiento de espumas de la muerte
¡al fondo de los muslos de ella
aletea desesperado el presente!
¡oh cuerpos llameantes
en los confines mismos de la duración
donde se despliegan y confirman
el gozo de su poder!
dilátanse con fruición animal

las aletas de la nariz de él
con los efluvios de la lejía recóndita de ella
agrio y áspero olor de nido de águila
avidez orgánica y de la imaginación
oscilante

entre la fascinación y el rechazo
olor inebriante de desfallecimiento glandular
de piedra mordida por el rayo
de residuos vaciados en las zarpas del jaguar
sumergido en el pubis de ella
brilla en los ojos de él
la inocencia espantosa del depredador
que ventea entre la espesura

lo mismo que apremiante invitación
a las florestas del delirio
la presión/prisión de los muslos de ella
sobre las sienes y mejillas del varón
él levanta apenas la cabeza
la proyecta hacia adelante

anhelante
siente en su labios el roce de hierbecillas
de la oscuridad puberal
besa furiosamente esas zarzas de la tortura
mientras el sexo de ella empieza a incandescer
como el pensamiento en la inmediaciones de la verdad
transportados al firmamento de la deshora
por el poder devastador de la sensualidad
criaturas relucientes

redimidas de la extinción
flotan a la deriva en el tornasol de la vehemencia
ella hunde sus dedos en los cabellos del hombre
como si intentara avivar un rescoldo
él pone a vibrar la lengua

con el aleteo vertiginoso del colibrí ante la flor
¿roza?

¿riza?

¿reza?

restriega con el ápice la gota del hechizo

la lágrima de venus

la perla radioactiva

la estalactita

el rulimán

estremecida la mujer por el relámpago

entre el núcleo humeante de la vida

sus entrañas y voluntad

desfallecen y crepitan en las hogueras de la agonía

es condición de la sabiduría del instinto

desconocer las motivaciones profundas de su eficacia

a diligencia ciega de la abeja

obedece la perfección de las celdillas

pero en el hijo del hombre

¡ay!

todo es perplejidad y titubeo

y hasta lo que debería ser hermoso y simple

como el deseo

acopia ansiedad y desmesura

sólo en la inocencia terrible del placer

los cuerpos se derraman y propagan

el uno en el otro

como dos espejos que se devoran

al otro lado del tiempo

en el ahora sin ahora

sin dar tregua a la lengua

el hombre abre los ojos

frente a las valvas entreabiertas de la delicia

en los últimos peldaños del enardecimiento
se oye el aleteo postrero del tiempo
como de ave
que escapa alborozada de su cautividad
el placer niega el tiempo
lo mismo que el vuelo la obstinación fanática
de los imanes de la gravitación
como desde la lejanía insondable de la droga
—no lejanía física
sino del pensamiento—
el mordisquea la diminuta cereza
ella
yapurojadeo
desolladoestertor
siente estallar el ser en cuchillos y mariposas
expandirse la intensidad en una aceleración
vertiginosamente escarlata
oh colisión de meteoros del espasmo
enceguecedora ignición de la libertad
súbita grieta
por donde escapa la conciencia
volatilizada en la transparencia de la eternidad
ay instante
ya distante
la mujer entreabre penosamente los párpados
como si regresara
de la demencia de diamantes del éxtasis
casi inadvertidamente
acaricia agradecida los cabellos del varón
abre las piernas
extenuada
libera la cabeza de este de su cautiverio
se extiende bocabajo
cubre con su cuerpo el cuerpo del hombre

y en cato de apasionado reconocimiento
y devoción
lame la pálida sustancia de medusas
que moja el mentón de él
antes de retornar al desconsuelo de la duración



De *El perverso encanto de la vida conyugal*

(1983)



Desazón

a veces

hay algo en tu sonrisa
algo como un ciempiés
sobre la inmaculada camisa de la azucena
que me hace sentir
desconsoladamente culpable

¿por qué

—pregunto—

cuando a veces sonríes

he de saberme

más insignificante y desamparado

que un abatido pelo de pubis

al borde de un urinario de uso público?

¿es por tu condición de flor

pisoteada por la amargura?

¿o acaso

porque fui preparado largamente

para asumir la melancolía

de todo lo solitario y ultrajado?

¿no importa por qué!

eres bella y te amo

aunque quizás pienso todavía

demasiado en mí mismo

entre la nebulosa
tornasol de la resaca
contemplo tu lenta mutación
de larva en fascinante mariposa

usted señora

usted señora

–dispense si la ofendo–

no es precisamente bella

pero hay algo en su altiva serenidad

en su sonrisa

melancólica como una amapola

obstinada en no abrirse entre la niebla

que me fuerza a reconocer

que de algún modo

usted sí mantiene trato con la hermosura

porque pensándolo bien

la nitidez avasallante de la belleza

no es atributo de la perfección

sino que en ocasiones

en la mujer

exhibe la condición de effluvio apacible

que irradiando desde lo recóndito

interesa más que la armonía de las facciones

como a veces cuenta más la sutileza del aroma

que la vistosidad de la flor

por eso no son sus cejas petulantes y agresivas

como rúbrica de hombre de altas finanzas

ni sus dientes

–perdóneme la sinceridad–

un tanto grandes

pero relucientes

como monedas recién puestas en circulación

ni su altanera nariz respingada

sobre la que porfían por equilibrarse

sus reticentes anteojos profesoriales

ni siquiera sus portentosas
piernas de miss universo
los que ponen a vacilar mi voluntad
como campanario en la palma del sismo

usted señora

posee la encantadora virtud
de hacerme olvidar que estoy casado
que la muerte excede a cada momento
mi incierta provisión de meteoros
y que el tiempo no anduvo con miramientos
en prodigarle a mi rostro
abundantes testimonios de sus estragos

a mí

que soy desaprensivo y arrebatado
me pierde su sensatez
la prevención desengañada de su inteligencia
contra las contingencias del amor
y aunque entre nosotros se alza su cordura
desalentada y distante en su seguridad
como si ya nada esperara de la vida
sé que no le soy del todo indiferente

usted me abruma

señera/señora
pero cuando gozo de su compañía
—discúlpeme la impertinencia—
no son conmigo el ardor y la languidez
que vuelven torturante la carne
sin embargo

lo mismo que la música
la sola fragancia de sus cabellos
remueve ciertas porciones soterradas de mi ser

de las que ni siquiera
quiso hacerse cargo el recuerdo

usted señora

fija en mi mente

—a mí que soy un melómano apasionado
por karlheinz stockhausen y toru takemitsu—
me obliga a canturrear tonadas triviales
mientras me enjabono en la ducha
a aceptar la realidad con entereza
de quien sabe que es más fácil sobrellevar
las tribulaciones que la dicha
a esmerarme en la elección de mis corbatas
a reconocer que para las soledades
hay un tiempo en que el amor
maas que devastadora hoguera del corazón
es sosegada incandescencia del pensamiento

Crónica de una doble cacería

súbitamente
 estalla la burbuja del sueño
abro los ojos
 entre estás y no estás
entre distante y malhumorado

el frío me constriñe entre sus anillos
de despiadado cristal
 lanzo un ¡carajo!
maldigo la luz de la lámpara
el vientre de la vieja de tu madre
el día en que te conocí
¡oh desconsiderada y preciosa mía!

porque a las dos de la mañana
echando las cobijas a los pies
y dejándome más desnudo
 y aterido
que una osamenta bajo la claridad de la luna
tú has dado comienzo
a la orgiástica e implacable
cacería de una pulga

desnuda tú también
 con los cabellos revueltos
apoyada sobre las rodillas y los codos
das con ella por fin
y la aplastas entre tus uñas
 se oye un crujido
de grano de anís bajo la suela del zapato

o de aguja de jeringa de dentista
cuando atraviesa un cartílago

sonríes con satisfecha perversidad
la luz de la lámpara tambalea ebria
en el pulido nácar de tus caderas
extendiendo

entonces

la mano

palpo el firme y elástico
volumen de pomelo de tus senos
te atraigo hacia mí

meto la mano entre tus piernas

me llamas ¡infeliz aprovechón!

¡hijo de perra!

boca a boca

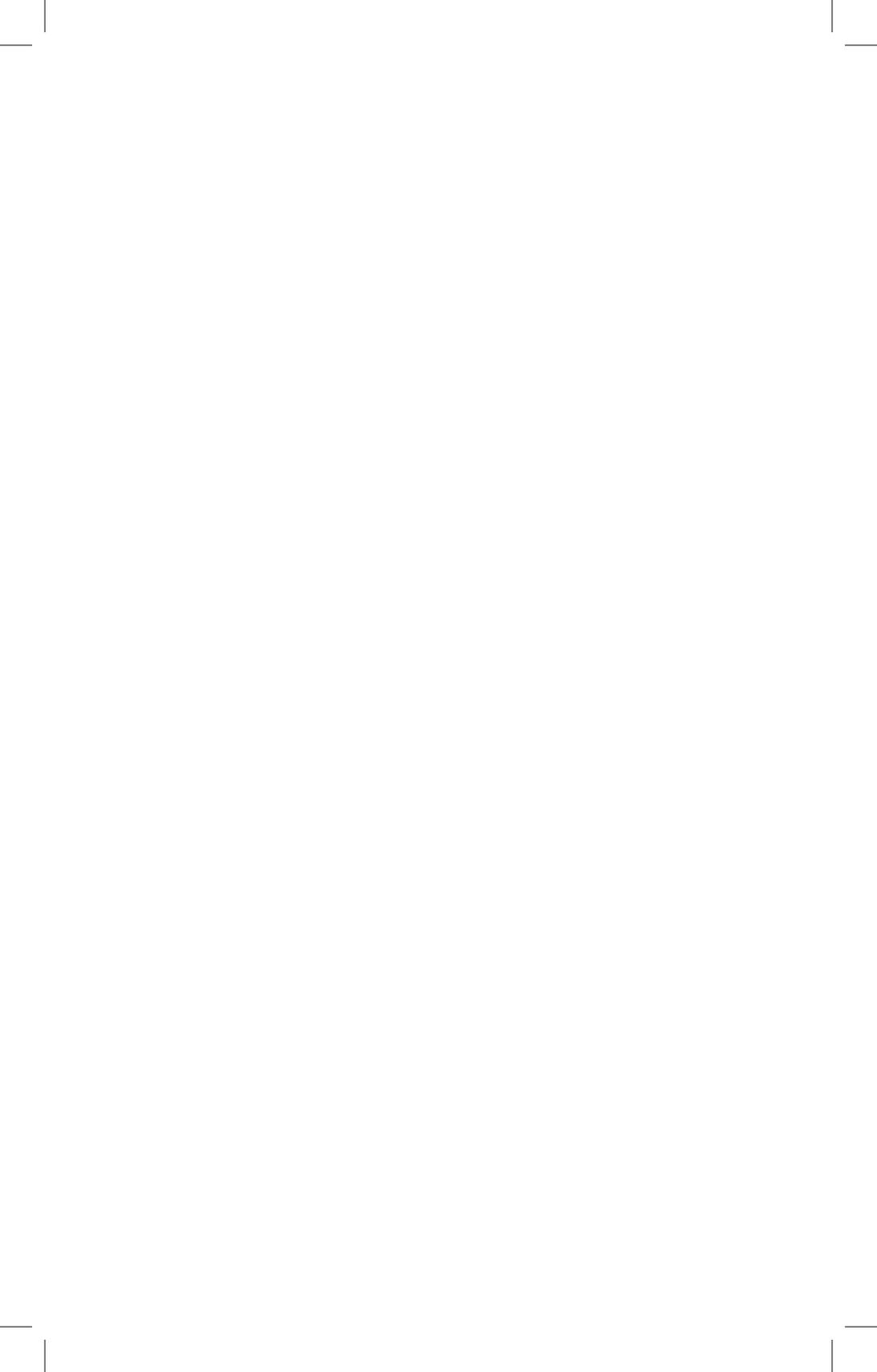
te succiono vengativamente el alma

de este modo

inicio yo también

mi rabiosa y nocturna cacería

De Los rostros de Eros
y Últimos poemas
(1997 - 2009)



¡Nada presume duración, si empieza!
La luz abre a la flor y la convoca
a desplegar su antorcha de fragancia,
para luego estrujar su gallardía.

En el aire, igual que una bisagra,
Se abren las alas de la mariposa;
vuela de rosa en rosa, pero un día
yace en tierra abatido su velamen.

Todo en el hombre es doblemente aciago:
hecho para morir, contagia muerte
a cuento tocan manos y la mente.

¡El tiempo no transige! Flor inestable,
lazo en trenza del aire, mariposa,
y el hombre han de finar, porque comienzan.

Apenas unos brazos te ceñían
o una boca reptaba por tu cuello,
cercana a lo animal, languidecías
en un tenue reguero de gemidos.

¡Gemidos de placer y de tortura!
Y mientras la tizona penetraba
en su funda de hogueras y amapolas,
con furioso estertor, agonizabas...

Luego, desvanecida en el arrobó,
sólo el sudor helado de las manos
consentía saber que estabas viva.

Pero en ese silencio se gestaba
la avalancha de espinos y lamentos
y el triunfal alarido en el relámpago...

Es tu lubricidad sombría, orgiástica:
busca la destrucción en el deleite.
A incandescencia y vértigo concitan
tus carniceros ojos de libélula.

Te fascina el placer, porque no crea
vínculo, igual que el éxtasis o el crimen.
Para ti, todo empieza y se consume
siempre desde el ombligo para abajo.

Mas en tu corazón, las quemaduras
con que el amor marcó su atroz caricia
de llamas, no perdona la memoria.

Te vedas el amor: palabras, besos,
sueños, de nuevo, inerme, te expondrían
a la fragilidad y pesadumbre...

Cuando te desnudabas, sorprendía
tu inverosímil cuerpo de muchacha:
igual que pararrayos, desaiante;
insaciable y voraz como el océano.

Breves caderas, muslos de centella
y cintura sutil de adormidera.
Bajo tu piel, al ser acariciada,
un río de panteras resollaba.

Pero tus tensos senos de capullo
los años humillaron: arenales,
banderas olvidadas por el viento.

Aún fascina tu cuerpo; mas se advierte
en su caducidad, la melancolía
belleza del otoño y del deshielo...

Madrigal

qué grandes
puros/duros/maduros
son tus senos
tus senos desaforados como navíos a toda vela
agresivos como el cuerno de los rinocerontes
poderosos como las montañas
en que el trueno
sacude sus últimas plumas exasperadas

grandes
y a pesar de ello
firmes son tus senos
ciega y avasalladora acometividad
de las olas
o las multitudes
única y verdadera música de las esferas
superabundancia genésica
de lo que debiendo prodigarse en racimo
como las uvas
se resuelve en el volumen totalitario
del huevo de avestruz
o la toronja

grandes
y por lo mismo turbadores
son tus senos
tus senos excesivos como para encontrar
nido en la mano del hombre
imponentes como las catedrales
amenazadores como las cumbres

en donde
se fraguan las devastaciones del alud
son embargo
su peso y magnificencia
eluden la gravitación
y asumen la terquedad imponderable de la nube
la esforzada tensión de las bóvedas
el riesgo temerario del volado de hormigón
todo el vigor de tu juventud se concentra
en la desafiante altanería de tus senos
como la avidez germinal de la savia
en el esplendor y delicia de la flor

cuando contemplo
amarrado a tu
relámpago
el agónico arrebol de tus pezones
cuando palpo el volumen poderoso y elástico
la invasión de terciopelos de tus senos
floto en el ojo atónito del ciclón
y el pensamiento no atina a encender
la serena luz de su lámpara
senos

pezones
senos
sangrientas salpicaduras de la nieve
goterones de mermeladas de fresas
en el apice de los helados de crema
rotunda tersura de las redomas de peces
sanos/senos/obscenos

Epitafio para Efraín Jara

Halcón arisco, tigre solitario,
yace en cenizas quien domó al relámpago.
Jamás ambicionó fama o fortuna,
No éxito ni lisonjas lo ofuscaron.

Y aunque en su vida dilatada y ardua,
mudó mujer, igual que el árbol de hojas,
no precisó de otra compañía
que los libros, la música, el olvido...

Por muchos años demoró en Galápagos,
lava y desolación, aun sin tiempo.
¡De vivir tanto, expiran las tortugas!

Lo desveló tan solo la hermosura
y en condiciones de excepción, amó
y fue amado por la poesía.



Índice

Elogio de la simple imagen

por Daniela Alcívar Bellolio..... 7

De *Tránsito de la ceniza* (1945 – 1947)

Ternura y soledad de mi madre.....	31
Plenitud del polen.....	33
Elegía por el sexo de Tamar.....	35
Canción para una muchacha desconocida.....	37
Funeral de la golondrina.....	39
Sexo.....	41

De *Otros Poemas* (1948 – 1958)

Vida interior del árbol.....	45
Himno de amor.....	51
Poema del regreso.....	53
Carta de Navidad.....	57

De *El mundo de las evidencias* (1958 – 1970)

Ulises y las sirenas.....	63
Advertencia.....	65
Destellos de una infancia solitaria.....	66
Balada de la hija y las profundas evidencias.....	69
Amarga condición.....	75
Mano en el agua.....	76
Perpetuum mobile.....	78
Nostalgia de presente.....	80
El lecho.....	82

Añoranza y acto de amor (1971)

[¡Todo es aniquilación]..... 87

***El almuerzo del solitario* (1974)**

[maniatado en el torrente]..... 95

***Declaración de amor* (1974)**

[tantos días a la deriva]..... 107

***De Oposiciones y contrastes* (1975 – 1976)**

Rastro de palabras..... 117

Alternancias con sibilantes..... 120

Tres designios en intensidades agudas..... 121

Oposiciones fonológicas..... 122

Círculo fatal..... 123

Morfemas del plural..... 124

Componentes inmediatos..... 125

Escamoteo..... 126

***Sollozo por Pedro Jara* (1977)**

Propósitos e instrucciones para la lectura..... 129

I..... 136

II..... 139

III..... 142

IV..... 145

V..... 148

***De In memoriam* (1980)**

Inventario de sombras..... 155

yo..... 159

tú.....	163
siempre hay tiempo.....	167
epitafio.....	171

Alguien dispone de su muerte (1988)

I. Andante melancólico.....	175
II. Allegro non troppo.....	180
III. Adaggio.....	185
IV. Allegro finale.....	192
V. Coda.....	204

Al otro lado del tiempo (1983)

[en el flujo devorador].....	209
------------------------------	-----

De El perverso encanto de la vida conyugal (1983)

Desazón.....	219
Metamorfosis.....	220
usted señora.....	222
Crónica de una doble cacería.....	225

De Los rostros de Eros y Últimos poemas (1997 - 2009)

[¡Nada presume duración].....	229
[Apenas unos brazos te ceñían].....	230
[Es tu lubricidad sombría].....	231
[Cuando te desnudabas].....	232
Madrigal.....	233
Epitafio para Efraín Jara.....	235



Anexo

Sollozo por Pedro Jara

(Estructuras para una elegía)

Aquí se reproduce *Sollozo por Pedro Jara* en el formato de su edición original en una sola página, que permite que el poema se despliegue en su totalidad ante los ojos del lector para propiciar las innumerables posibilidades de lectura.



En

1969 Efraín

Jara Idrovo

escribía: *Hay quienes creen*

en el milagro / de la multiplicación

de los panes y los peces. / Para mí, / solo

existe un prodigio: / la silenciosa lealtad de mi

chaqueta, / esperándome para iniciar un nuevo día, / sin

saber por qué, / ni hasta cuándo... / Este libro entró en

impresión en marzo de 2017, cuando en Quito la lluvia y la

bruma es lo que nos queda de la vida, cuando más conscientes

estamos de *nuestros despojos en tierras de melancolía / lo fugaz es la única forma de*

perpetuidad / porque en este mes, Ecuador perdió físicamente a tres de sus escrito-

res de poemas: Fernando Nieto Cadena, Humberto Vinuesa y Marcelo Silva. Este

primer libro de la colección “El almuerzo del solitario” es un homenaje al mayor poeta vivo ecuatoriano, quien curiosamente y a pesar de siempre escribir acerca de nuestra condición humana esencialmente efímera, acaba de cumplir 91 años, quien siempre escribió contra la muerte, quien

supo meter la cabeza en lo oscuro y acelerar por el borde del precipicio, quien siempre reflexionó que somos una especie que crepita y que lo único que nos queda es el

proceso de alumbramiento de la palabra y que conviene atesorar cada instante en un aprendizaje encantado y forzoso porque nada regresa todo huye:

porque no hay vejez, / no puede haber vejez; / venimos naciendo a cada

instante que es lo mismo. Después solo queda el aliento en los

huesos y soplar las cenizas para avivar el fuego. ¿Y

Efraín? *balcón arisco tigre solitario*, gracias por todo

y perdón por tan poco. ¡A tu salud siempre!

Apostamos a que cuando cumplas

100 años retiras los dos cerros

y listo: vuelves a

empezar todo

otra vez...

